

ANAQVELES



2

Revista de la Biblioteca Nacional

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

ANAQVELES

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

MAYO DE 1951 - ABRIL DE 1952

SAN SALVADOR, EL SALVADOR,
C. A.

EPOCA V

NUMERO 2

B A U D I L I O T O R R E S

Director.

A R T U R O B E N J A M I N S A N C H E Z

Redactor.

8a. Avenida Norte No. 16

Teléfonos: 3625 y 3249.

San Salvador, El Salvador, C. A.

SUMARIO

	Página
Explicación	5
RICARDO MARTEL CAMINOS,	
Fuego en la montaña	9
ALFREDO HUERTAS,	
Mi mujer ha muerto	22
RICARDO MARTEL CAMINOS,	
Primera elegía — A mi padre muerto —	29
Invitación al pecado	33
Media luz	34
Ilusión — Tu voz	35
MARGARITA PAZ PAREDES,	
Pequeña isla	36
Andamios de sombra	39
VICENTE ECHEVERRIA DEL PRADO,	
Extasis	44
MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES,	
Elegía de la casona solariega	46
Valentín Estrada — Escultor de Cuscatlán	48

ROLANDO VELASQUEZ,	
Realidad y superstición en torno a Maquiavelo	52
ALFREDO CARDONA PEÑA,	
Juicio valorativo a unos versos de Ricardo Martel Caminos	62
JOSE BRUIN,	
El autor y el libro	65
CLAUDIA LARS,	
El Hombre que no hizo nada	68
CARLOS LUNA,	
¿Qué pretende el arte moderno?	74
ANUARIO BIBLIOGRAFICO — 1950.	
Por materias	77
ANUARIO BIBLIOGRAFICO — 1950.	
Por autores	89

EXPLICACION

Fieles al propósito de mantener la Revista de esta Biblioteca Nacional, pese a todas las dificultades editoriales que en nuestro país existen para la publicación de revistas y libros, el N° 2 de “Anaqueles”, hace su aparición, llenando un lapso que cubre desde Mayo 1951 hasta Abril 1952.

Creemos que sería prolijo entrar en detalles para justificar el retraso sufrido por nuestra publicación durante más de un año; motivo que nos compromete a realizar un esfuerzo más con miras a que “Anaqueles” retorne a su ritmo de revista cuatrimestral.

Lamentamos que el presente número no luzca como el anterior, todo el atavío artístico con que nuestro colaborador Manuel José Arce y Valladares, con exquisito gusto lo vistiera; ésto, por el cambio de personal de quienes en un principio tuvieron a su cargo la impresión del presente número.

Dicho lo anterior, esperamos que nuestros distinguidos lectores sigan dando su benévola acogida a nuestra Revista, que se esforzará por superarse en el futuro.

FUEGO EN LA MONTAÑA

Por RICARDO MARTEL CAMINOS

VISION



PUEBLECITO con sabor de viejo romance. Casitas de tejas musgosas. Casitas de tejas rojizas. Ranchitos de paja amarilla. Ranchos de paja gris. Calles de piedras moradas, azules, blancas, por entre naranjeros con naranjas y chilotas y abejas de oro. Rumor de carretillas de cedro torciendo mescal. Iglesia vieja y mostrenca, sucia por fuera y limpia por dentro —como los pobres— con su cuadrado campanario de piedra y ladrillo a la par. Viejo y mugriento el campanario, pero como no hay feo sin su gracia, este tiene la de sus dos campánulas de bronce que llenan de claras vibraciones los corazones en las mañanas dominicales. Colinas sembradas de maguey y cerros con montes y rocas, todo esto bajo las alas aterciopeladas de un cielo suavemente azul, es Comalapa.

Pueblecito pobre pero bonito. Hecho como a propósito para estarse uno contemplándolo, horas y horas, a la caída de la tarde, desde uno de los cerros que lo circundan. Sus habitantes son gentes buenas, laboriosas y serviciales. Como que tienen el corazón em-

papado en un dulce anhelo de servir. El viajero que por allí pase hacia los pueblos más cumbreños, o descienda hacia los valles del Asambio, el Motochico y el Tamulasco, ha de recordar siempre las bíblicas demostraciones de afecto de los sencillos comalapenses.

LOS SEMANEROS

Llegamos a Comalapa en una noche de invierno. Después de una lluvia torrencial, bajo un cielo lleno de roncós y largos mugidos y culebras de luz, el puebluco se había quedado viendo luciérnagas. Por las calles cascabeleaban las crecientes llevándose el reflejo de las altas y ralas estrellas. Adelante caminaba el mozo halando del mojado ronza a la vieja mula que cargaba con mis balijas y mi tijera portátil de lona; atrás, mi cansina cabalgadura —ocho leguas por las crestas del Dulce Nobre, envueltos en remolinos de lluvia y relámpagos— iba como tanteando las piedras más blandas y planas para asentar sus cascos adoloridos.

Nos detuvimos en el corredor de la Alcaldía. Había hombres semiblancos dentro de la cerrada oscuridad. Al rápido chispazo de una cerilla que me apagó el viento, pude verlos estirados en sendas hamacas amarradas de los pilares del corredor a las rejas de la cárcel cuya puerta agujereada miraba hacia la plaza. Conversaban los hombres con voces suaves, fumaban y escupían con ruido. Eran los **semaneros**. Esos pobres campesinos que son obligados a prestar servicios a la Alcaldía del pueblo durante una semana —de ahí el nombre de **semaneros**— cada mes, cada mes y medio, según el número de cantones de la jurisdicción. Qué importa que allá en el rancho quede la mujer sola con el **ischoco** acalambrado por el dolor de lombrices, sin un cinco siquiera para la esencia de menta? Qué importa que el frijolar quede embreñado y la milpa pudriéndose sin doblar? Cuando al infeliz le llega su turno tiene que topar, si no quiere ver la luz a cuadritos... No señor! Qué va! Por esa semana de servicios, el municipio no le reconoce un solo centavo; y como no le permiten ir al rancho sino hasta el fin de la semana, tiene que traer suficiente bastimento o fiar en el pueblo la torilla y el **conqué**. Pero nuestro flamante estatuto reza: "Nadie puede ser obligado a prestar servicios personales sin justa retribución", etc., etc.

... "Oh, la justicia humana! (y la divina!)... Y la ley? Sí, para estos desgraciados existe la ley solamente cuando se trata de

safarles el peso de la vialidad y los centavos de la cédula, por lo que tienen que ir hasta la cabecera departamental a sacar los retratos que, para colmo, no se parecen a sus dueños, pues unos salen canosos, y otros como con gorros de tinta china. Sí, para éstos existe la ley que los zampa a la **chinche**, cuando por casualidad, al regresar de algún **ojo**, los chicheros al toparlos vereda arriba, les **olfateyan** cierto tufo a **chaparro**.

—Ustedes han chupado clandestino, verdá jodidos?

—Qué va ser, señor!

—Digan la verdá hijos de puta!

Y los pájaros adormilados vuelan de los chaparrales al oír el tronido de las cultas que rompen clavículas y costillas...

Mas, cuando estos **HOMBRES**, así con todas las letras mayúsculas, porque son hombres de verdad; porque ellos no pelean parapetados tras cobardes trincheras, ni metidos en batracios de acero, sino de cara al viento, con los hirsutos cabellos aureolados de sol, con el machete despalmado y espejeante en la diestra y el sombrero de palma estrujado en la siniestra; cuando ellos buscan en la venganza el bálsamo para sus corazones tasajeados por tanta injusticia, entonces vibran las tartamudas por los cerreríos y en torno a su heroico empuje de hombres escarnecidos, se va cerrando el círculo de balas fratricidas, porque los que jalan el gatillo de los máuseres malditos, son hombres bajados también de por estas alturas...

Después de la refriega, unos señoritos bien afeitados, vestidos de fino kaki y con lindas estrellitas de oro en las hombreras, sonriendo, desde puestos seguros, contemplan la escena con sus catalejos... y allá en la capital, los periódicos, a grandes titulares, tranquilizan a la noble sociedad: "Brote comunista ha sido exterminado por fuerzas del gobierno en las montañas del norte". Comunistas! Comunistas ellos que no saben siquiera en qué punto del globo queda la asquerosa madriguera del oso temible...

x x x

Aquella noche lluviosa de septiembre, al ruido que hicieran nuestras mulas al penetrar en el corredor de la alcaldía, los **semaneros** se fueron parando sin apresuramiento. Desde el extremo del corredor vimos venir hacia nosotros la roja brasa de un puro, que de no haberse detenido como a un paso de distancia, hubiera chocado contra la frente de mi bestia asustadiza y nerviosa.

—Ha yovido juerte por ayá arriba, amigo?

—Mucho, señor. Buenas noches, dije desmontándome.

El hombrecito, con un “deme permiso”, amarró a un pilar el ronزال de mi mula, le aflojó la cincha y me pidió la capa pa q’ escurriera en un lazo. Luego me endilgó un chorro de preguntas de **dionde viene y pa onde va y como es su gracia**. Otro hombre se me acercó diciendo:

—Por sientoavía no ha cenado, onde mi tía Tana venden. Si gusta voy y le digo que le preparen un bocadito.

—Si me hace usted el favor, se lo agradeceré mucho.

Aceptaron mis cigarrillos olorosos.

Hoy se le va ampayoar la trompa, ño Judas, gritó alguien desde la cárcel.

Ño Judas era el hombrecito de la brasa que asustó a mi mula. Por su estatura y por su voz, en la oscuridad cualquiera hubiéralo tomado por un cipote, pero a la luz de las cerillas, pude ver cómo le bailoteaban los ojillos entre semicírculos de arrugas que le subían desde los carrillos y se le plegaban y despleaban por el continuo y nervioso parpadeo. Hablaba hasta por los codos, dándose palmaditas en la frente y escupiendo a derecha e izquierda. Y como para que supiéramos que él era el jefe del grupo, daba órdenes con un tono de voz innecesariamente altanero.

—¡Usté compadreó, va yenar la tinaja a buena mañana, oyé?... Y vos Chuló, barrés l’alcaldía y vas onde el Medardo a ver por qué nuhizo caso al yamo que l’hice, oyistió?

—Ta Bien...

—Dispense mi necedá, dice parándose frente a mi, cómo me dijo q’era su gracia?

—Valentín Oviedo, me tiene a sus órdenes.

—Y qué vientos luhan traído por estas chifurnias?

—Exploro la región para ver si es posible la explotación de unas minas de oro y plata que hay por los cerros de La Laguna.

—Ah caramba! Si en puacá no más tenemos los entierros de pisto y nosotros muriéndolos de necesidá! Ji, ji, ji, ríe el vejito. Luego: pues mande usté don Vale, que yo y mis muchachos stamos pa servirle.

—Señor, vuelve a decir el otro semanero, dice mi tía Tana que y’esta la cena.

—Ande usté a dar una su mordidita joven, y que lihaga provecho, dícame ño Judas dándome en la espalda palmaditas confianzudas.

Nos fuimos el mozo y yo, acompañados del **semanero**, con dirección a la casa de la niña Tanita. El cielo estaba ya bastante limpio y una fresca claridad de estrellas blanqueaba las sombras de los árboles. Frente a los portalitos, en donde muchachas y viejas tejían redes y hamacas, había grupos de hombres que se silenciaban a nuestro paso y contestaban mi saludo con un tímido **chele Dios señor**...

La niña Tanita, una vieja no muy vieja, de voz aflautada y con un pequeño bocio en la garganta, me abrumó con mil disculpas de "va perdonar lo mal hecho, lo mal servido, la poquedá". Lo cierto es que como con buen apetito no hay mal bocado, yo les sentí mucha sabrosura a las tortillas de maíz revuelto con maicillo, acompañadas de frijoles salcochados, cuajada fresca, mantequilla de "boca de cántaro" y café endulzado con panela, no sin antes haberme lijado el pecho con un buen **chaparro**, "pa que se me desentumiera lumedá de los guesos", según argumentó don Ismael, marido de la niña Tanita.

Después de la cena, fuíme a estirar cuán largo soy en mi hamaca de lona colgada de las vigas del corredor de la Alcaldía. Flotaba una ténue bruma cual si fuera el levísimo aliento del silencio que agrandaban el rinrín de los grillos y el canto lejano de los **cabayeros**. Era ya bien entrada la noche. Arriba, una rauda lechuga estiraba su largo silbido y, ahí no más, en el viejo campanario de la iglesia contigua, los murciélagos golpeaban las campanas produciendo húmedos y apagados sonidos. Poco a poco me fuí adormeciendo entre aquel grupo de hombres humildes y buenos, cuya vida es una cadena eslabonada de fatigas, miserias y humillaciones, que sufren pacientemente por amor a Dios, a su mujer, al **ischoco** y al rancho, en torno al cual, como en una actitud de protección, levantan al cielo los magueyales sus puntiagudas espadas... Y no es porque estos hombres sean incapaces de defenderse y hacerse respetar. No! Porque como ellos dicen, ya cuando la **cushusha** se les ha subido y les calienta los sesos:

"Ya porque uno, piensan que uno! Si también uno!..."

PACAYAS

Cerca del pueblo pasa una quebrada. La llaman Pacayas y baja de la montaña. Desde la plaza se la ve bajar allá enfrente, alegre y espumosa, formando cascadas blancas, escondiéndose y resurgiendo por entre piedrencos rojizo-verdosos. Del pueblo a la que-

brada, el camino desciende entre un paredón arcilloso, lleno de helechos e hilitos de agua clara, y un cerco de piedras que siguiendo el zigzaguo del camino, va escondiéndose a trechos entre pencas de piña, cactus y parras de matial cuyas florecitas en forma de coronitas superpuestas parecen hechas de cera roja. Uno va alcanzando mujeres con pailas de ropa sucia en la cabeza y barquitos con mascones de tusas y chonchos; y va topando muchachas con frecas tinajas en las caderas, y sonrisas más frescas aún en las bocas de dientes anchos y blancos como los granos del **mais liberal** que en la faldas el viento mece y dora el sol.

Conforme se desciende hacia el río, se siente como una voluptuosa y húmeda sensación de alegría que esponja toda la piel y se mete por todos los poros. Se oye cada vez más cerca el rumor de las chorreras y luego se llega al fondo de la joyada y se va uno saltando de piedra en piedra por entre el mujeral que aporrea la ropa contra las lajas y conversa a gritos. Y al doblar un bosquecillo de pepetos peludos, se desviste uno ligero y se sumerge en el remanso bajo las peñas, y se sale corriendo a la playita y vuelve uno a meterse y a salir rápidamente, por que el agua azul y tersa trae todo el hielo de la montaña. Y mientras uno se jabona, se pone a escuchar el canto de los azulejos y el charlar de los pericos en el guayabal de la orilla, y una dulce canción de mujer que sale envuelta en humito gris por entre las cañas amarillas de un rancho que allí arriba se asoma a la barranca. Lejos, por allá más abajo, se oye el griterío y las risas de las muchachas y los **ischocos** que se tiran agua.

Sigue la quebrada reptando en torno al pueblo que también desciende a ella por otros caminos más abajo, por allá por el trapiche de ño Cándido, por la huerta de don Rógel el secretario, por el yucal de ño Polito el sobador. Y sigue la quebrada hasta entregarse desprevenida, virgen y reídora en el hinchado regazo del sosegado y matrero Asambio que se la lleva por entre cajones de piedras lisas, besándola y estrujándola dulcemente...

Y de la unión del río con la quebrada le nació el nombre al cantón La Junta, que sobre una colina amurallada de rocas musgosas, entre las dos corrientes y a dos pasos de la confluencia, levanta sus casuchas de tejas y paja en torno a la iglesuca que vista desde las cumbres de Cuatro Pinos, parece una paloma por lo blanca y diminuta.

LOS DOMINGOS

Al contrario de lo que acontece en otros pueblos, los domingos en Comalapa pasan lenta y tranquilamente. No se escucha el sordo rumor de colmena que se levanta de los mercados, ni el estridente grito de las sinfonolas, ni el continuo tañer de las campanitas sorbeteras.

Del lunes al sábado, el tac tac de las carretillas de madera torciendo mescal, las conversaciones y cantos de las torcedoras y tejedoras y raspadoras de maguey; las risas y los gritos de los escueleros que juegan en la plaza, alegran las horas y acortan los días. Pero los domingos, sólo se deja escuchar un lento silencio y hasta el sol parece que se detuviera en la punta del triste canto de los gallos. La Alcaldía permanece cerrada, no se oye la algarabía de los niños y la escuelita parece una vieja jaula abandonada.

Hombres con cajones a **mecapal**, desde el Jocotán, Petapa, Sumpulio, bajan y pasan vendiendo **sharas** zemitas de trigo con dulce, guineos, plátanos; y a veces, bajo la fruta y el tosco pan, van los tocomates con la **cushusha**.

Los comalapenses bien de madrugada, bajo el blanco chisporrotear de los altos luceros, parten acompañados de sus **ischocos**, con las mulas cargadas de jarcia hacia Chalatenango y los otros pueblos de más allá del Lempa. El alba los encuentra reptando por las cuevas de Upatoro, o atravesando el Río Grande. Y mientras el sol empieza a dorar las cresterías lejanas, ellos se detienen a ses-tear un rato y a calentar el desayuno. Masticando sosegadamente la tortilla tostada y la carne de cusuco, conversan:

—A quioras va regresar usted, o?

—Yo luego. Al no más vender me degüelvo.

—Yo lo mesmo. Y va traer carga?

—Un mi ciento e puro y un mi puchito e sal, no más.

—Yo lo mesmo.

—Yeva hamaca usteé, o? —Pregunta otro—

—No. Sólo matate y shulas.

—Yo lo mesmo...

Y siguen arriando las mulitas que van mugiendo y levantando rosadas nubecillas de polvo.

Por la tarde, ya cuando las sombras van despintando las faldas de los cerros sobre cuyos picos sólo quedan rojizos mechones de sol, empiezan a regresar los comalapenses y va alegrándose el puebluco. Las mujeres salen a los corredores para ayudar a descargar

las bestias que traen la sal, el dulce, el café, los ajos y las cebollas para toda la semana; y algún vestido de saraza floreada y zapatos bajos para estrenar el día de San Francisco.

Algún domingo, allá cuando se muere un burro, como dice ño Felipe el sastre del pueblo, viene a **celebrar** el cura de Quezaltepeque. Entonces sí que se alegran los comalapenses! Desde el sábado por la noche el viejo campanario echa a volar el siempre nuevo y gárrulo cantar de sus campánulas, anunciando la llegada de don Leodegario —así se llama el padre— e invitando al rosario y al sermón.

El apóstol de Cristo es un hombre no muy bajo de estatura y a quien el vino con agua le ha abultado bastante el estómago, hasta el punto de que difícilmente se puede ver la punta de los zapatos. Tiene la cabeza hundida entre los hombros de tal manera que el cuellito semiduro y sucio se le incrusta de una oreja a la otra pasando por la barbilla. Usa gruesos y pesados lentes tras los cuales se le agitan los ojillos como bolitas de acerina. Sus conocimientos de latín son muy limitados, pero se sabe de memoria y recita con una pésima pronunciación todos los kiries, credos y otras jergas. Siempre se ha hospedado en casa de la niña Marianita Morales. Esta es una niña como de unos cuarenta años, mejor más y no menos, que a pesar de la edad se mantiene lisa de carnes y cimbrante de caderas; vive sola con sus gallinas de manteca, sus tiesos con flores y sus estampas de santos. Es la Presidenta de las Hijas de María. Don Leodegario la quiere mucho por casta y fervorosa. Cierta vez que estuvo enferma de un tumor en el abdomen, la envió el buen cura a cambiar de clima a casa de una hermana que vive allá por las montañas de Nagualerique, de donde regresó la Presidenta más lisa y chapuda, como que los perfumados aires de los pinares le **pintaran** de rosa las mejillas. . .

En los alegres domingos con misa la niña Marianita se pone espumosa de encajes y percales. En los tristes domingos sin oficios divinos, se pasa las horas distraída limpiando las descoloridas litografías del Vía Crucis, sacudiendo las polvosas flores del altar mayor; bordando pañuelos y corporales, y zurciendo calcetines del bueno de don Leodegario.

FUEGO EN LA MONTAÑA

Un martes, después de cenar, desde el corredor de la casa de la niña Tanita, me puse a contemplar la caída del crepúsculo sobre los cerros de enfrente. Poco a poco, la rosada claridad iba diluyéndose en una suave penumbra azul-violeta. Las golondrinas tejían en las alturas una red de hilos negros y una que otra estrella tiritaba ya a través del claro viento octubrino. De pronto, al pie de la peña de La Leona ví brotar, como una dorada flor de tierra, un fuego pequeñito que fué agrandándose, agrandándose hasta tomar las dimensiones de una trémula cabellera de mujer. Estuvo por unos segundos iluminando las profundas rajaduras de la roca, y luego, con una rapidez increíble, empezó a recorrer hacia arriba todo el perfil del cerro hasta desaparecer en la cima tras un negro bosquecillo de pinos. Al principio me imaginé que algunos lomeños, como llaman los del pueblo a los moradores de los cerros, andando de cacería habían encendido aquel fogón, para dorar un tasajito de carne de venado o tepescuintle, pero ante la inesperada como repentina fuga de la antorcha, quedé intrigado.

Me encaminé hacia la plaza en donde un grupo de hombres rumiaban sus recuerdos en una lenta conversación. Antes de que yo pudiera saludarlos, ño Pasianito, el sacristán vitalicio del pueblo, dió el toque de oración: daann... daaan... daann... dan... daaaannnn... En el silencio los tañidos vibraron en círculos sonoros que fuéronse agrandando y ascendiendo por las faldas hasta rebasar los altos bordes de la hoyada.

Durante todo el tiempo que duró el toque de oración, los hombres permanecieron de pie, silenciosos, los brazos cruzados y el sombrero en las manos. En los portalitos, en las calles, en el atrio de la iglesia, otros hombres, mujeres y niños, habíanse quedado también como clavados en tierra, en un santo y callado recogimiento.

Realmente conmueve y es hermoso ver como los sencillos habitantes de estos lejanos cerreríos, todavía adoran a Tata Dios con la fé y la ingenuidad con que nuestros aborígenes adoraban al padre sol. Cuando ellos van a la iglesia no van por lucir el par de calzo nuevo y rechillón, ni el sombrero de junco, ni la almidonachaqueta de dril. No, ellos van para platicar —vela llorona en mano— con la milagrera imagen del santo patrono San Francisco. Este permanece en el altar mayor con una mano levantada a la altura de la nariz en actitud de espantarse las mocas, **cherche** y lustrosa la piel de palo de la cara en la que los ojos se le extravían

cada cual por su lado. Mas, a pesar de la pose indiferente del santo, sus fieles devotos, que son todos los comalapaneses, llegan a **gatas** hasta sus plantas, a contarle sus alegrías y sus penas; le hablan de la sequía que tostó el frijolar; del **accidente** que mató las vaquitas y los cuches; de la mujer que **malcrió** y de lo poco que valen hoy los matates, las shulas, las hamacas, las cinchas; de tal manera que con el pistío de la venta si logran comprar la manta, no les alcanza para la **hilera** y las agujas, **contimás** para comprarle un chalcito a las ischoquitas... por último terminan regañando al santo patrono por su desidia y su tardanza en aliviar, en parte aunque sea, las penalidades del pueblo puesto por Tata Dios bajo su custodia. Mas, a pesar de todas estas encendidas protestas, el santo sigue siempre con los ojos extraviados y los labios desplegados en una sonrisita burlesca...

El último daan se oye ya lejos, rebotando suavemente en el roquerío por donde la quebrada Pacayas quiebra sus cristales.

Los hombres vuelven a cubrirse y yo me les acerco saludándolos y ellos me contestan con una humilde y sincera afabilidad. Les invito a ponerse los sombreros que ante mi presencia han vuelto a quitarse, y nos sentamos sobre las piedras semiocultas por la húmeda hierba.

No puedo apartar de mi mente la antorcha misteriosa, y levantando la mirada hacia la peña de La Leona, señalando con el índice, pregunto:

--Vieron ustedes hace un momento un fuego que nació al pie de la peña y se fué casi volando cerro arriba, hasta ocultarse tras de aquel pinar?

—Y qué es la primera vez que lo mira, don Vale? Me pregunta a su vez don Polito el sobador.

—Sí. No la había visto antes.

—Lo que pasa es que nuhá puesto cuidado. Ese **juego** sale todos los martes y viernes.

—De veras!

iiii! Eso es viejo! Ya ve que yo estoy todo canoso, pués mi **tatita** contaba que y'el **tatita** d'el hablaba dese **jenómeno**. Calcule usted cuánto tiempo hace eso...!

—Y nunca han tratado de averiguar de donde procede y qué misterio encierra ese fuego?

—Pues como no. El Padre Leodegario dice que es luz de **jós-joros de güesos**, pero un **preceitor** de escuela dijo que la luz de

jósjeros es blancuzca, y ya ve usté que la luminaria d'ese jenómeno es colorada como el mero juego.

—Realmente...!

—Pero la verdá, prosigue el viejo que carraspea al hablar, es que aquí todos creemos, ¡y así ha de ser! que se trata de dos almas en pena...

—De dos almas en pena! Y por qué dos?

—Porque hay veces qu'el juego se parte en dos, y uno agarra pa un cerro y otro pa'otro. Y se oye una voz que grita bien tristecida: lo ayaste ooó?... Y otra más ronquecida que contesta: NOoó!

—Y cómo se explican ustedes eso?

—Puesiesque cuentan, ¡y así ha de ser!, que en enantes tiempos había ayá más arriba e la peña un rancho en onde vivía una mujer con su hija ya sasoncita, y un día vió la nana que a la ischoca se l'iva hinchando la barriga, y por más sobadas que le dió y aguas de raíces a beber, no se le mermaba, más bien iba en aumento hasta que, hablando con permiso de usté, le reventó por la parte... la nana enrabiecida le arrancó el ischoso con todo y menudos y corrió hasta la mera oriya e la piegra y lo dejó qu'er en el oscuro precipicio. Y dicen, ¡y así ha de ser!, que al morir, por castigo del Señor, han quedado sus almas buscando al mocosito por esos filos hasta el fin del mundo... Y ay tiene usté que por eso sioyen esos gritos y se miran esos dos juegos.

En efecto, en ese momento apareció la antorcha nuevamente en lo alto del cerro. Bajó con una pasmosa velocidad hasta el pie de la peña. Era ya completamente de noche y se la veía perfectamente roja y trémula. De pronto, el fuego se partió en dos, rodando uno hacia la quebrada Pacayas y el otro ascendiendo hacia las lomerías de Las Palomas.

—Ya vido!, díjome ño Polito.

Verdaderamente, yo estaba maravillado ante aquel raro espectáculo. Momentos antes, el relato del viejo carrasposo me hizo sonreír, pues es cuento viejo ese de dos mujeres que buscan un niño por cauces y montañas; pero viendo aquel fuego que recorría en vertiginosa carrera todas las veredas y riscales de los cerros, no dejé de dar la razón a la credulidad de ño Polito y los demás comarcanos que me rodeaban y que de vez en cuando intervenían en la conversación.

Permanecimos largo rato sumidos en un dulce silencio.

Otros muchachos habían ido acercándose y permanecían callados y atentos a la narración del sobador.

—También dicen ¡y así ha de ser! —prosiguió el viejo, estimulado por la presencia cada vez más numerosa de oyentes— que ayí en la cueva de la peña vivió el Partideño y dejó un gran entierro dioro, y a eso se deben esos **juegos**.

—Y no hubo nunca un valiente que intentara sacarlo? Pregunté riendo.

—Pues como no! Que por estos cerros todos los hemos creído siempre medio hombrecitos... Carraspea y prosigue: Ay no más, en La Junta, vive entuavía ño Meregildo Rubio, qu'en su tiempo los tuvo bien puestos y bien rayados, y que por simás se vuelve loco por haber intentado sacar el orito ese...

—Cuente, don Polito, cuente, le digo obsequiándole un cigarrillo.

—Pues verá usted, mi amigo, dice llevándose el cigarrillo hasta la mitad de una sola chupetada, cuando hizo el arresto el ño Mere, estaba mero mozo entuavía. Había oído decir del entierro ese del Partideño, y una noche, después de estar echándose güacaladas calientes en la sacadera del manco Felis, se le metió entre ceja y ceja qu'el había de sacar el pisto e la cueva. Agarrado por la gran juma, casi a gatas subió la legua de vereda quiay pagar a la peña. Ya quizás eran como las doce de la noche cuando jué yegando. Era invierno y en la gran escurana no se veían ni las manos. Un viento helado chiflaba por entre todas las rajaduras diepiegreco. Como la cueva no queda al propio pie de la piedra, sino que como a la mitá del tajo a pico, se afianzó bien el machete en el cincho y una medaya de San Francisco mordida entre los dientes empezó a trepar agarrándose de las raíces y de los bejucos de **chupamiel**. En derrepente, oyó un gran bufido bien feyo que salía como diadentro e la tierra, y un gran ventarrón caliente como el mero juego del diablo le voló el sombrero al carajo. La juma se le jué diún golpe y se le erizó toda la beyonada del cuerpo. “¡Las tres divinas personas y la santísima trenidá seyan con migo!” dijo, pero al hablar se le cayó la medaya bendita, y entonces vió que la peña vomitaba por la trompa de la cueva un bocadón de **juego** que se le vino encima. El pobre, ya con el cuerpo engarrotado, se soltó de los bejucos y cayó en l'escurana. De ayá lo trujimos al otro día, pues el manco vino a contar quel Mere sihabía aído pa la peña a sacar el entierro y que no bía güelto. Lo hayamos echando un espumara-

jal por la boca, con la lengua hecha un troncho y los calzones yernos de diarreya. Pasó un gran tiempal bien asonsado, y en la noche ni por quién salía del rancho. Hasta qu'el tata cura le rezó los santos evangelios se fué mejorando y recobrando l'habla.

—Y vive todavía ese señor? Pregunté.

—Sí. Ayí en La Junta. En la salida pa Chorosco. Yestá bien viejo y anda enmuletado, pues ende el percance que liacabo de contar, quedó lisiado diuna caniya.

Mañana iré a conocerlo, pensé...

Nuevamente guardamos silencio. Arriba, el fuego misterioso seguía incansable recorriendo el enmarañado pecho de los cerros.

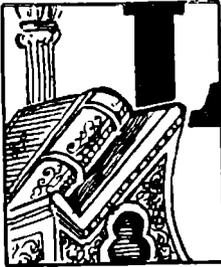
Con una amigable "buenas noches", nos fuimos despidiendo y encaminando hacia nuestras repectivas viviendas.

x x x

Y así viven los buenos y sencillos comalapenses. Sembrando la milpa y el magueyal; torciendo el mescal; rogando e increpando al santo patrono, y narrando bellas consejas bajo los claros nocturnos.

MI MUJER HA MUERTO

Por ALFREDO HUERTAS



LEGO a mi domicilio, después de regresar del cementerio, donde ha sido enterrada la que fué mi esposa...

Nuestro "nido" está, ahora, solitario. Hay un silencio en esta casa que albergó siete años de vida matrimonial que no tiene nada de pavoroso e inquietante, sino que por el contrario, es un silencio suave, acogedor y tutelar.

¡Qué bien me encuentro aquí, en este momento, arrellanado en el muelle butacón, mudo confidente de mis viejas decepciones!. Solo, solo, ¡al fin, solo!

Quienes adivinasen mi aterciopelada beatitud y mi dulce paz interior me tomarían por un cínico... Naturalmente, mi recentísima viudez me debiera obligar a otra actitud: aniquilado, lloroso, herido en el alma...

Pero prefiero pasar por cínico, antes que representar un papel de hipócrita que, decididamente "no me va", sólo por complacer a los hipócritas. En todo caso, si estoy maravillosamente satisfecho de mi desgracia, bien que, por el buen parecer y como una concesión a la mendacidad mundana, procure, ante los extraños, ocultar mi renacimiento a la vida, mas, cuando estoy solo, cuando nadie me ve: ¿por qué no arrojar lejos esta máscara de hipocresía?

Magnífica, en verdad, es la sensación de reposo que, actualmente experimento. Estoy seguro que, si los objetos que me rodean, tan familiares e íntimos, poseyesen medios de expresión, igualmente harían resaltar su lasitud sedante de tranquilidad definitiva.

Mi mujer ha muerto...

Nada queda en el hogar de su personalidad borrosa; nada que sobreviva, nada "post-mortem". Como si al irse, hubiérase llevado con aquel además rapaz que le era tan peculiar, todos sus recuerdos y hasta el eco de sus vocablos insubstanciales y anodinos.

Mi mujer ha muerto...

Estas cuatro palabras son el "ora pro nobis" de mi letanía de la viudedad apacible, y las repito para convencerme que no se trata de un espejismo, sino de una espléndida realidad. Los manojos de mis nervios se apaciguan en una calma adorable, mecida por un ensueño de inefable bienestar y beatitud.

Recorro, minucioso, las piezas del departamento. Todo está limpio, ordenado, feliz. El comedor, la salita, los dormitorios, la cocina que hice asear y desinfectar mientras se celebraba el entierro. Lo que era mío, nominalmente, hoy lo es de hecho, por lo que mi pasco por las habitaciones tiene todo el aire de una toma de posesión.

Doy vueltas a las llaves de la luz, abro los grifos para que corra el agua, escucho la radio, preparo mi café aromático a mis anchas, sin sentir a mis espaldas "su" presencia enojosa. Me divierto, en suma, como un chiquillo que se apodera de un juguete prohibido.

Ha muerto. Ella ha muerto...

Con el servicio de café, vuelvo a mi butacón, para saborearlo con la "divina pausa" que prescribía mi maestro y director espiritual, Honorato de Balzac... Después, el agradable cigarro que, al convertirse en ceniza, esparce un oloroso humo azulenco y va concentrando mis tristes remembranzas en un ensoñar de divagación...

Ahora que Elena, la que llevó mi apellido, reposa en un hoyo abierto en el panteón familiar, donde quizás a estas horas los gusanos voraces hayan iniciado su macabro banquete; ahora que ella sólo es un pasado inmediato que se diluye y desvanece sin sufrimiento en mi ánimo, pues no dejó ni el espacio más mínimo en el rincón de los momentos cordiales, me es grato entregarme a la rememoración de ese pasado...

Siete años han transcurrido desde el día en que un sacerdote asalariado nos dió sus bendiciones, tras de uncirnos con el yugo simbólico como con un irrompible lazo que, por fortuna para mí, acaba de romperse.

Yo la había conocido antes, una mañana sentimental del romántico otoño madrileño, en el Parque del Retiro.

El Retiro, de la capital española, es la octava maravilla, al menos entre los grandes jardines del Mundo. En esta afirmación no hay "patrioterismo" ni pasión de paisanaje. He conocido parques famosos, de universal renombre; cada uno de ellos tiene sus características especiales: el Bosque de Bolonia, su cosmopolitismo; Hyde Park, su señorío; el "Tiergarten", su elegante trazo; la Puerta de Oro, su magnificente estilo, Belgrano, su severidad; Chapultepec, su arrogancia milenaria, todos ellos y otros más son encantadores, colosales, espléndidos y cuantos calificativos de elogio se les apliquen obtienen mi conformidad, pues no trato de establecer comparaciones. ¡Ah! Pero el Retiro, tan aristocrático y majestuoso como popular y democratizado, a la vez, es único: un joyel con piedras preciosas de múltiples facetas, una caja de Pandora de sorprendentes maravillas, un pequeño Edén que siempre ofrece el motivo para descubrir en él la novedad de un encanto.

Desde niño he tenido la costumbre de pasear por el Parque durante las horas de asueto. Como un rito he seguido siempre una senda favorita; subía por la típica avenida de las Estatutas —reyes godos mutilados por el Tiempo irreverente— hasta el Estanque Grande y, dando la vuelta al lago por su parte oriental, desembocaba en los vericuetos, bordeados de tilos, lleno de silente misterio, que circundan el vetusto caserón, otrora denominado: Palacio de Cristal. Hay, frente a este antiguo salón de exposiciones, una lagunita tranquila, muda, como muerta, de aguas quietas, en cuyo fondo se acumula el verdoso légamo de los siglos y con un irresistible atractivo para el soñador. Esta parte del parque no está nunca concurrida y los solitarios pueden disfrutar de ella a su sabor; el silencio es tan impresionante que se escuchan los latidos del propio corazón y la vieja, ruinosa escalinta, que desde el casón descende al lago, permite seguro apoyo confidencial, con sus acogedores barandales rústicos, al místico, al misántropo, al simple contemplativo.

Aquella mañana de otoño, encontré precisamente en la escalinata ruinosa del estanque, a la que, luego, fué mi esposa.

En el primer momento, apenas fijé la mirada en aquella figura solitaria, y me limité a contemplar las aguas inmóviles. Quizá ella tampoco me observaba; el hecho es que, y uno y otra, permanecimos allá sumidos en nuestras reflexiones durante mucho

tiempo, en tanto que el Azar se entretenía en tejer a nuestro alrededor una red invisible. Fué tarde cuando nuestras miradas se encontraron.

Había yo llegado a la treintena peligrosa sin caer en las asechanzas del amor, pero encontrábame solo, sin afectos profundos ni vínculos familiares, por lo cual el choque con una mujer podía constiuir un albur nocivo para mi tranquilidad. Hastiado de lecturas y viajes, de amistades intrascendentes y de borrosas aventuras, en ocasiones me sucedía contemplar con envidia a quienes habían logrado fundar un hogar feliz. Estaba, pues, prácticamente indefenso y "maduro" para caer en las redes de Himeneo.

No diré que Elena era bonita, quizá ni siquiera interesante; pero tenía ojos hermosos y una figura atrayente. Sabía reir, sabía escuchar y suspiraba con estudiado encanto... He olvidado cómo llegamos a abordarnos en aquella tarde del encuentro y los pormenores de la plática sostenida; sí recuerdo que paseamos hasta el anochecer por los aledaños del lago dormido y que, al separarnos, después de convenir en volver a vernos el día siguiente; me encontré desconocido, ajeno a mí mismo y envuelto en una emoción inconfundible... No dejamos de encontrarnos cotidianamente y quemamos las etapas del amor, que jamás fatigan y que norman la alegría de vivir... ¡Lástima que el hombre y la mujer no sean siempre más que eso: novios! Ella y yo hicimos, en toda su plenitud, la carrera del noviazgo: nos quisimos franca o furtivamente, en todas partes: en las calles soleadas o en las sombras nocturnas, en los "cines" oscuros o en los cafés apartados... y cuando tras las nieves invernales, surgió, esplendorosa, la primavera, nuestra exaltación nos condujo, inevitablemente, al matrimonio.

Fué tan brusco el cambio en mi existencia, que llegó a anonadarme. Enseguida vino la decepción, tremenda, fatal y sin remedio, al darme cuenta de que me había equivocado de punta a cabo. Mi ídolo, mi novia adorada, que hiciera nacer en mí insospechadas emociones, al convertirse en mi mujer, se me mostró en toda su vulgaridad aplastante. En sus dichos, en sus actos, en sus ademanes, en sus mismos pensamientos, ponía un tinte de ordinarietz tan insoportable que me hizo desdichado para siempre. No hubo la tan decantada "luna de miel", sino hiel, barro y estupidez en todo y por todo. Desde el momento mismo en que ella se posesionó del título de casada no movió un músculo ni hizo otra cosa que no tuviese por fin el cálculo o el más desafortado egoísmo. Su conversación era de una insulsez descorazonadora y su igno-

rancia, como suele decirse, "enciclopédica"... Nuestras ideas, nuestros gustos, no podían ser más dispares y ni siquiera, única fotuna para mí, existieron esperanza de tener hijos...

Me torturó con los celos: unos celos sórdidos, totalmente injustificados, a consecuencia de los cuales comenzaron a estallar entre nosotros violentas disputas, terminadas en desesperación, por mi parte, y por la suya, en espantosos ataques de nervios, ignoro si reales o ficticios. Celos hipócritas que sólo tenían por finalidad aislarme... A consecuencia de estas escenas ridículas cesé de salir de casa por las noches y de concurrir a espectáculos; corté mis relaciones familiares o amistosas y, como acostumbraba ella a abrir mis cartas e interceptar los avisos, suprimí la correspondencia y el teléfono. Cuando yo dejaba mi hogar para dirigirme al periódico, donde trabajaba, seguía mis pasos o me hacía espiar, convirtiéndose en mi sombra obsesionante, y, mientras yo dormía, se dedicaba a registrar mis bolsillos, husmear los papeles en el escritorio, escuchar si, en sueños, pronunciaba un palabra "comprometedora"... Me percaté, muy pronto, de que me había echado al cuello una cadena que acabaría conmigo más temprano o más tarde...

No existía el divorcio y la separación judicial era lenta y ple-tórica de molestias en su procedimiento; por mi cobardía innata para tomar resoluciones heroicas, tampoco podía decidirme a abandonarla, aunque lo pensé cientos de veces. Hallábame, pues, en un callejón sin salida y, constantemente, me preguntaba qué hacer para solucionar el problema...

Así pasaron los meses y los años... No me es posible detallar este espantoso período, con su secuela de sufrimientos. Para comprenderlos es necesario haberlos vivido, y hoy mismo no me explico de qué manantial he sacado energías para soportar sus constantes reproches inmotivados, la charla inagotable de sus amigas visitantes, su desmedido afecto al lujo ramplón y abigarrado que echaba abajo el edificio de la economía doméstica, su monomanía del orden y de la limpieza que me impedía gozar de mis comodidades, su afán de malquistarme con quienes me estimaban, y su malhumor perenne a propósito de todo, que nunca llegaba a disiparse.

Vulgaridad, nerviosismo, lágrimas, estolidez y, por encima de ésto, la intromisión constante de su familia: el padre, un garduño rapaz; la madre: una bruja maledicente, y las hermanas, dos inaguantables solteras murmuradoras y entrometidas. Es preciso,

repito, haber padecido tanto para comprender mi complacencia actual.

Cuando traté de rebelarme tropecé con la inercia extenuante de mi enemiga. Yo no fui, desde luego, un "Juan Lanás" ni un pelele fácil de manejar, pero nunca pude empuñar armas ante un ser inerme, indefenso y, aparentemente débil... Sólo me quedó una esperanza... ésta que hoy se ha realizado.

¿Llegué a desear su muerte? No lo sé; mi sentido moral me lo ha impedido, tal vez, pero ¿por qué negar que, en ocasiones, me complacía en el ensoñar de este momento?

Hace poco más de quince días que enfermó... Han bastado unas fiebres malignas para dar al traste con su organismo desequilibrado. Durante esta quincena he cumplido, a disgusto, mi deber de esposo. Ni me aparté de su lado para cuidarla como el más abnegado de los enfermeros ni dejé de atender a sus más nimios caprichos o de llevar a cabo las faenas más desagradables... Cuando, la semana última, el médico, tomando las precauciones propias del caso, me confió su impresión de que Elena estaba condenada, faltó poco para que, en un irresistible impulso, le diera un abrazo... No llegué a hacerlo, por verdadero milagro, pero notó "algo" en mis ojos que le hizo contemplarme con cierta curiosidad equívoca.

Expiró anteanoche, al filo de la madrugada... En seguida, hubo de soportar los preparativos tenebrosos, la avalancha de visitas de condolencia, la invasión de los familiares, la inacabable velada mortuoria que amigos, camaradas y vecinos aprovecharon para referir cuentos escabrosos y consumir hectolitros de café... Yo, fatigadísimo, por la falta de reposo en tantas noches consecutivas, contaba los minutos, esperando las dos de la tarde, hora en que retirarían para siempre, los despojos de la fallecida.

Por la mañana, mi suegra, arpía rediviva que tanto ha contribuido a anargarme la existencia, pidióme permiso para llevarse las ropas de su hija, los cubiertos de plata, las alhajas, hasta el pájaro "al que tanto quería la pobrecita". Yo me apresuré a dejar que arramblase con todo, hasta con el último recuerdo. Después, tuve con el padre de la muerta una breve conversación para significarle que he determinado, rotunda e irrevocablemente, romper con "su" familia todos los vínculos. "Ni el saludo, señor mío, ni siquiera el saludo..." Lo han tomado como una venganza absurda o como demencia. Me tiene sin cuidado.

Por error, ha quedado de ella, aquí, en la sala, su fotografía, que mañana, a primera hora, me ocuparé de que la suban al desván.

El entierro ha sido breve... Una caminata despaciosa hasta el camposanto del Este, encerrado en un coche con negros crespones; rápida ceremonia religiosa en la capilla; el descenso del ataúd a la fosa profunda y las tradicionales paletadas de tierra que, al golpear la madera del féretro, sonaban en mis oídos como una música deleitosa... Seguidamente, un desfile de rostros falsamente compungidos y un estrechar continuo de manos fofas y sudorosas. Por último, el regreso a mi domicilio en un veloz taxímetro para posesionarme de lo que es, ahora, verdaderamente mío y donde jamás volverán a oírse los ecos de sus voces destempladas.

Mi mujer ha muerto...

Dispóngome a disfrutar de mi viudez incipiente... Por lo pronto, voy a darme el "gustazo" de leer en el lecho, fumar, aunque ardan las sábanas, dormir a mi guisa y gozar de la calma tranquila de esta infinita paz que me envuelve como una clámide de algodón o terciopelo...

"Sultana", mi gata de Angora, que me comprende y me ama, ha venido, ronroneando placentera, a enovillarse junto a mis pies; quizá se da cuenta de mi bienestar y quiere compartirlo. Le pregunto, mientras acaricio, suavemente su lomo enarcado:

—¿Tú estás contenta, también, "Sultana"?

—¡Miau!— me responde afirmativa, en tanto que me contempla con sus dos ónices esmaltados...

El retrato de la difunta me mira con su inexpresiva actitud habitual; estampado en su boca amarga el eterno rictus de huraña.

Lleno una y otra vez la copa, con mi licor favorito, que me sabe a gloria, y brindo a la fotografía de la desaparecida:

—¡A tu salud, cadáver!

Y me retiro a descansar, a leer, a fumar, a dormir, sin que tema mis sueños perturbados por nuevas paseatas melancólicas, junto al lago quieto y tranquilo, que lame los cimientos del Palacio de Cristal.

ALFREDO HUERTAS.

PRIMERA ELEGIA

Por RICARDO MARTEL CAMINOS



A mi padre

— I —

*ADRE! ¡Mi buen amigo!
De hoy a tu clave quince inviernos. Nada:
Este dolor ¡oh sombra! va conmigo.*

*Mas yo le llamo sombra bienamada
porque permite a mi dolor que intuya
cuán de cerca le sigue tu mirada.*

*Yo dejo a mi esperanza que construya
la clara senda por la cual mañana
irá mi alma enlazada con la tuya.*

*Quince inviernos ¡oh padre! y la campana
sigue doblando lenta, quejumbrosa,
en mi torre sin ángel ni ventana!*

— II —

*Estos son recuerdos
de niño:
Sobre el noble trotón
tu amor conmigo.
Tu brazo alzado recortando el cielo
tal vez a medio cuento detenido,
Callejón entre helechos;
última curva del camino
y... ¡Ahí no más la escuela!*

*Zaguán risueño; un rótulo encendido
de colores, trazando ante mi asombro
extraños signos!
Patio con luz de junio
Begonias, girasoles y jacintos;
y trás la mesa de gastado pino
la voz de la maestra:
Voz pájaro! Voz fruta! Voz rocío!
Primer día de clases:
Mi señorita! Silabas de colores! Tú! Mi libro!
Estos son recuerdos
de niño.*

==

*Y otro día
vino un nuevo trasplante. Conmovido
fueron tus lentos pasos alejándote.
Ahí quedaba tu hijo
entre un negro follaje de sotanas
temblando en alta noche cervatillo.
Mas, tu palabra amiga allí estaría
devolviéndome el alma los domingos.
Con el oro y la miel de las naranjas,
la noticia del alto caserío:
“¿Recuerdas la novilla Mariposa
y el toro Pajarito?*

Pues... para octubre
tendremos leche nueva y becerrito".
¿Cómo hacías, buen hombre, cómo hacías
para tornarte junto a mí tan niño?

— III —

Padre! Señor humilde!
Hombre cabal, sin mácula, sencillo!
Hoy sé por qué la tierra se te daba
con infinito, conyugal cariño.
Por qué todas las voces de la aurora
te llamaban amigo,
y por qué el tiempo
estaba siempre fiel a tus designios!
Fué porque tú jamás pediste al tiempo
un sólo instante mínimo
para pensar en algo que no fuera
el hoy y el mañana de tu hijo.
Por él te vió la aurora sobre el surco
sembrando el corazón en cada trigo.
Por él te vió la tarde de regreso
la faz sonriente y el puño adolorido!
Por él las altas rosas de la noche
volcaron sus cappanas de rocío
sobre tu ardiente sién esperanzada
frente a las celosías del destino!

Constante luna prolongó tu sombra
de roble pensativo:
Dónde encontrar el humus desacerbo
y el musical oxígeno
para templar las cuerdas de mi sangre
en tránsito al dolor representido?
Dónde el alto silencio
llave de la verdad y hondos sigilos
para escudar el corazón incauto
de tu niño?
Si el tiempo detuviera sus dulzainas
junto al celeste encanto matutino!

PRIMERA ELEGIA

*Si diera el mar su rosa más segura
al pequeño nautilo
Mas tu palabra ¡padre! se quedaba
temblando en el vacío.
Sólo la cal del patio acariciaba
tu sombra de indefenso crucifijo!*

*Por esa sombra en cruz bendigo ahora
la tierra que absorbió tu cuerpo ardido
y me devuelve tu presencia intacta
ya sin después, sin antes, sin olvido!*

— IV —

*La mar se tiende azul y rumorosa
y da al huérfano nauta, cual pidieras,
su onda segura y su segura rosa.*

*Cómo flamean todas las banderas
izadas en el mástil de mi anhelo
al presentir el puerto en que me esperas!*

*Vencedora del tiempo y el desconsuelo
tu sonrisa me traza el rumbo fijo
Para llegar a tu incompleto cielo.
¡Tu exacto gozo arribará con tu hijo!*

INVITACION AL PECADO

Al Padre Víctor Hernández, C. M.

— I —

*Florece, sin pensar que con tus rosas
has de dar al minuto un nuevo encanto.
Canta, sin esperar que con tu canto
se clarifique el alma de las cosas.
Teje bajo tus horas silenciosas
tu red de fina luz y negro espanto.
Ensáyate en la risa y en el llanto
y sueña con fantasmas y con diosas...
Qué importa el claroscuro de la senda?
La comba inmensa o la apretada venda?
El falso incienso o el costado abierto?
Todo, todo es fugaz y sin sentido,
y encendido de gloria o adolorido
has de llegar un día al mismo puerto!*

— II —

*Antigua cicatriz y nueva herida
que ha de ser cicatriz también mañana...
En vano pues tu corazón se afana
en esquivar las zarzas de la vida.
Ríe, solloza, odia, ama y... olvida.
Saborea la hostia y la manzana
para que cuando suene la campana
no te duela la triste despedida...
Ama a la fuente transparente y pura
y a la linfa oscura*

*de la charca sonora de batracios.
Piensa que tanto en la dorada fuente
como en la triste charca, bellamente
se refleja el temblor de los espacios!*

— III —

*Piensa en la última luz que se avecina
a tu pupila inquieta y desconfiada
y suelta tu primera golondrina
en busca de un balcón y una mirada...
Piensa en que cada paso te encamina
a la forma por fin desdibujada;
a la forma sin rosa, sin espina,
sin diablos, sin arcángeles, sin nada...!
Es tiempo aun que humano, acompasado
el tacto vibre y el corazón despierte
a la sencilla vida de pecado.
amigo mío ven, queremos verte
gritando —redivivo— a nuestro lado:
La muerte es ESO solamente: MUERTE!*

MEDIA LUZ

*Media luz, Media sombra. La silueta
se dibuja en la aurora presentida.
Va de camino y llegará el poeta
hasta el sol de la tierra prometida!
Ya quiere un rumbo fijo la veleta.
El pie busca una ruta definida.
Una raíz más pura y más secreta
pide el amor al árbol de la vida...
Cada latido acorta la distancia
que hay desde el fiel romero la fragancia
no de la rosa, si de las espinas.
Por eso, hoy que se acerca a otros umbrales,
despide sus primeros madrigales
en un dolido adiós de golondrinas!*

ILUSION

*Al filo de la noche he despertado
porque a mi puerta suavemente, blanda,
una voz conocida me ha llamado...*

*Sí, estoy seguro, la cadencia es de Ella.
Corro a la puerta y abro... Nadie... Nada...
¡Sólo tiembla a lo lejos una estrella...!*

*De nuevo oigo la voz. ¿En dónde? En dónde?
Silencio a mi pregunta... Una lejana
y triste incertidumbre me responde ..*

*Sopla la brisa y torna el suave acento:
cerca, una dulce y florecida rama
se queja, estremecida por el viento...*

T U V O Z

*¡Tu voz!
Voz de campana
con húmedo badajo de geranios.
Voz que arrodilla el alma!*

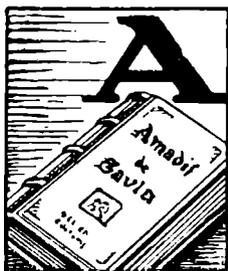
*Voz que viene y no llega,
que llega y no se va...
Que no se sabe si entristece
o nos hace refr y cantar.*

*Tu voz siembra de rosas los senderos
por donde el corazón corre a buscarte...
Voz que sacude ramos de recuerdos
a orillas del alba...*

*Ayer y hoy: ¡Tu voz!
Mañana:
sólo tu voz ha de marcar la senda
para volver a tu presencia clara...!*

PEQUEÑA ISLA

Del libro: "ANDAMIOS DE SOMBRA"



*DAN del universo:
donde pones tu planta
la tierra se conmueve
de ocultos paraísos.
(Te anuncia una legión
de brazos incendiados).*

*Eva soy, inmemorial y eterna,
ligada a tí por el suspiro
de antigua soledad, y desterrada
por el frutal capricho.*

*En el exilio estoy.
El alba de mis besos
palidece en la niebla.
Hacia tu encuentro he caminado siglos,*

*desolada y ogónica
frente a sordas esfinges;
siglos preñados de preguntas,
de llanto y de silencio.*

*Pero de pronto,
surges en el desierto
vertiendo manantiales
para mi sed inmensa.*

*Los espejos solares de tus ojos
me copian. Voy desnuda
de sombras y de angustia,
y me dices palabras que alimentan
mustios cañaverales.*

*Otra vez vegetal, me fecunda tu savia:
los huesos me florecen, la piel se me licúa
en amorosos jugos,
y el corazón agita
su bandera incendiaria
sobre el huerto del mundo.*

*Ahora, ya dueña del enigma,
puedo decir el canto
del Primer Paraíso:*

*Surco de amor,
en tí todo germina.
Camino ya sin tí
y hacia tu busca.
Mis brazos se quedaron
asidos a tu cuello.*

*Pequeña isla soy. Tú me descubres.
Tus abejas me invaden y, de pronto
—cera y miel— te me entrego
tibia, recién nacida.
Luego desapareces y despierto
de bruces en la onda olvidada del agua.*

*Es hora de morir sin tí, me oprimen
los círculos morados de la ausencia
y en el umbral del sueño desfallezco,
inmensamente triste y solitaria.*

*Poco a poco la tierra se conmueve,
me transmite su sangre verde, cálida,
y amanezco en resinas verticales.
Es que voy a tu encuentro, resucito
caminando descalza sobre el musgo,
el pecho descubierto,
otra vez cera y miel,
isla pequeña,
Eva antigua y eterna.*

*Tú sostienes la tierra y me sostienes
dichosa, en altos climas,
fuera de toda muerte, porque vivo
contigo ya sin tiempo y sin espacio;
porque te amo
desde la soledad del Paraíso
hasta el postrer exilio,
donde, llorada patria de amargura,
purificada la pasión, seremos
amantes sin espinas y sin sombras.*

ANDAMIOS DE SOMBRA

MARGARITA PAZ PAREDES

— I —



*QUIERO tornar al verde origen de mi Nada,
al entrañable musgo de los siglos,
cuando era el Verbo apenas
un coloquio inaudible,
entre corales húmedos
y sombras deshojadas;*

*cuando el germen del tacto,
dormido en manantiales
de vírgenes espumas,
soñaba con el roce
de invioladas caricias.*

*Quiero borrar el sol del pentagrama,
fugarme de esta cárcel de amargura,
abandonar mi alegre primavera,*

*secar el llanto, dispersar la risa
y destrozár la fragua de donde forja
el corazón la lumbre de su arcilla.*

*Quiero tornar al verde origen del pecado,
resplandeciente la mirada ciega,
la piel sin tacto, blanca la amapola,
toda césped acuático, rosa-coral,
raíz de agua, informe madreperla,
murmullo apenas de naciente ola
en la primaria selva sacudida de lluvia
por el génesis roto del océano.*

*Quiero tornar al verde origen del planeta,
ser chispa nada más, ígneo despojo
de un duelo de asteroides;
elemental pupila de la sombra,
del silencio, del musgo y de la arena.*

*Despojada de ardientes vestiduras,
sorda la cuerda emocional del canto,
devuelta a mis orígenes lacustres
—larva en el sueño de la concha-nácar—
navegaré las noches submarinas
por sorprender caricias intangibles
entre la rosa náutica y la luna.*

*Sin ojos y sin brazos, sin voz y sin angustia,
seré en el agua virgen una huella de espuma.
Niña será la muerte y juguetona
con tiernos pececillos y verdes caracoles.
Me dormiré a la sombra de un incipiente tallo
a esperar la fastuosa invasión de la aurora.*

— II —

MILENIOS antes de la sangre,
de la angustia y del llanto,
la entraña era de fuego,
la cintura de agua.
Una frase divina,

*y el hijo luminoso
se derramó en el mundo.*

*Amor y primavera emergieron del sueño.
El solitario corazón volcó su cauce
de oculta clorofila
por los terrones secos del deseo
y los sedientos labios del coral.*

*Fueron los brazos de los árboles,
las voces de la tierra,
la piel de los luceros,
la matinal caricia.*

*La clorofila entonces ascendía
por las venas del viento,
milenios antes de la sangre,
de la angustia y del llanto.*

*Apenas la Poesía,
jugaba silenciosa por huertos inviolados,
meciéndose en columpios musicales,
lentamente por el mar y el cielo,
por tranquilos espejos.*

— III —

T EJEN los siglos ávidos
su féerico tapete.
*La clorofila es sangre
y el sueño se despierta
erigido en claveles.*

*Dedos incandescentes
acarician la vida
en el trémulo instante
de transidas orquestas*

*Despierto así, de pronte
urgida por cristales,*

*invadida la risa
por un súbito espanto.*

*He aquí que me transformo,
me multiplico y crezco.
Las selvas se me enredan
dorándome los brazos.
Marinas tempestades
desencadenan claras
pupilas sosegadas.*

*Surjo en hora de angustia.
Tropiezo con cadáveres
de rosas prematur--
Vengo de la intemperie
y voy hacia el desierto.
Mueren en mi garganta
zenzontles ateridos.*

*De mí nace la vida
desbordante de anhelos,
y a mí retorna exhausta,
huérfana, derrotada.*

*El hombre sueña un canto,
una plegaria, un beso,
y despierta en la noche
desnudo y olvidado,
seca la voz. En vano
tanta y tanta conmovida ternura.
El hombre muere en isla
separado del hombre!*

*Un canto prodigioso
rompe su piel de fuego,
circula por arterias minerales,
asciende por los labios
cálidos de la tierra;
pero lo hieren invisibles dagas
y se desangra al pie de áridas rocas;
desamparado y mudo,*

*trunca la sinfonía
de caveles insomnes.*

— IV —

CUANDO la última sombra lave su piel morena
y se sorprenda, rubia, bajo el solar espejo;
cuando el llanto del mundo sea nada más que tenue
vapor iluminado
y la flor del deseo
disecada en las páginas de amoroso libro
se disueva en la huella dorada del recuerdo:

*cuando la voz del mundo se afine de amargura
y un timbre música viaje de mar a cielo
transmitiendo el mensaje celeste del olivo;
cuando desaparezcan palabras y fronteras
y el pecho de los hombres purifique su enigma
entonces, libertada de tibias ligaduras
ingrúvida y ligera, retornaré a la vida.
Caminaré sin sombras por andamios de luna,
remontaré sin miedo las cimas estelares
para oír el lenguaje triunfal de la armonía.*

*Arboles y montañas, bestezuelas y niños,
serán flotantes luces, votivos corazones,
y a Poesía el idioma del cosmos victorioso
en ascensión de voces orquestales y eternas.*

EXTASIS

VICENTE ECHEVERRIA DEL PRADO.

*El espacio era luz, y tu presencia
llenó mi claridad deshabitada,
con los espejos en que la mirada
recobra los fantasmas de su herencia.*

*Tú vienes de mi cósmica insolvencia
de conforme quietud; de mi apagada
torre de incendios sobre la empinada
cumbre de las cenizas de mi esencia.*

*Eres la gota que perdí en la nube
con que cubro las alas del torrente
que de mis labis a mi sueño sube.*

*La mañana era luz... y quedamente,
por no incendiarme de palabras, hube
de rezar un silencio transparente.*

x x x

*Eras la tarde; sorprendí tu acento
en la campana que vertía mantos*

*de dulce soledad sobre los cantos
adormecidos en la voz del viento.*

*Eras la tarde; te acusaban tantos
signos de adoración y arrobamiento,
que arrodillaba el aire al movimiento
en éxtasis de mirtos y de acantos.*

*Modelaba la sombra tu inminencia
con los últimos pájaros del día
porque tú eras el cuerpo de la esencia.*

*Y eras la encarnación de la armonía
en preludio de arribo con ausencia,
porque un vuelo de alondra se moría.*

x x x

*Eras la luz, la sombra, la tristeza,
el gozo imperceptible, la delicia,
la ternura del aire, la primicia
del fruto en la estación de la belleza.*

*Eras la levedad en la corteza
del árbol que mi polvo de caricia
llevaba hasta la poma en que se inicia
la eternidad de la naturaleza.*

*Todo era tú, fugaz o persistente:
nube y color, inercias y latidos,
ciega razón o sinrazón vidente.*

*Era un aire cayéndose de nidos
que al empollarse de tu flor ausente,
deshojaba tu ser en mis sentidos.*

ELEGIA DE LA CASONA SOLARIEGA

de MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES



ACE ya tanto

que me parece ayer

*En todo la presencia de mi madre
era gracia de Dios*

*El patio familiar se entraba entero
en el cuarto. El rosal, los heliotropos,
los nardos, la albahaca, la reseda.*

*Se descolgaba el sol de un salto
al entreabrirse los batientes.
Jugaban en el patio las campanas
de la iglesia vecina —alegre corro
de niñas gritoleras—.*

*Polvoriento de sol, como un canónigo
gilaba el gato entre los almohadones.*

*La mañana sabía a chocolate
caliente, con hojaldre y pan de yemas*

*El mandarino que plantó el abuelo
estaba enamorado de la pila;
cada día estrenaba nuevos trinos
y se ruborizaba de naranjas
ante los sorprendidos correteos*

*Y Pedro, y Mercedes y yo —el último—
enhebrando luceros
en el asombro azul de las pestre*

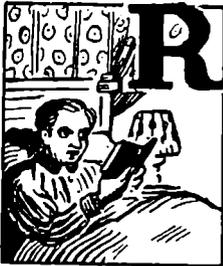
*Ya la caballeriza de otros tiempos
era un documental decorativo;
y la huerta, en el último traspatio,
miniado paraíso en la mayúscula
de un poema bucólico.*

*La calina ha enturbiado el paisaje
azul de los recuerdos
y en la vigilia del ayer translúcido
interfieren sus nébulas los sueños.*

VALENTIN ESTRADA

Escultor de Cuscatlán

Por *MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES*



ROSTRO moreno, cuyos rasgos indígenas rotundos dijéranse tallados a golpes de cincel. Siempre contraído el entrecejo, como para hacer más sombra en la cámara de los ojos y así apreciar mejor lineamientos y volúmenes en el contraste de la luz y de la sombra; como queriendo siempre concretar el pensamiento en formas tangibles de belleza. Revueltos los cabellos en lacia rebeldía, como de continuo batidos por aires tormentosos en las selvas milenareas. Desaliñado totalmente pasea su pobreza, inadvertido como el más humilde hijo de la calle. Tal es Valentín Estrada, el vigoroso escultor salvadoreño, olvidado de sí mismo en el naufragio cotidiano de un vivir cuyos

buenos logros hánse malogrado durante muchos años en la indiferencia del ambiente.

De temperamental modestia, Valentín Estrada no ha dado— no ha sabido o no ha podido, más bien no ha querido dar— a su personalidad de artista la importancia que se merece. Y en el medio en que se desenvuelve tampoco se ha sabido contar con su talento y su capacidad, por culpa de él mismo y de todos.

Nuestro escultor, acreedor a la adjctivación de grandeza, es de extracción humilde, auténtico producto del pueblo, de este pueblo oscilante entre extremados contrastes, agitanado en el vivir de las barriadas, en donde la molicie y el laboreo febril matizan la cotidianidad con tonos fuertes como la mordedura de la necesidad que aguza el ingenio, como los vapores que avivan o embotan la mente en edenes artificiales para sustraerse a las urgencias imperiosas.

Quizá ahí radique en parte ese indiferentismo de Valentín para su propia personalidad, como si voluntariamente quisiera ignorar que quien como él tiene alta jerarquía de creador de belleza y factor de cultura, no se debe a sí mismo sino a los demás, aun cuando esos demás empéñense en ignorar lo que no sea comercial y utilitarista. En parte también la actitud de Valentín originase de su temperamento emotivo, que se hace cada vez más hipersensible por los estimulantes bajo los rasgos de su faz de piedra.

Así, introvertido siempre, fué invulnerable a nuestro empeño cuando pidiéramosle datos acerca de su desenvolvimiento artístico, porque Estrada no es un simple aficionado, sino un maestro de sólida preparación académica en ambiente europeo. Quizá hablar de sí mismo, de sus anhelos y ensueños decapitados sea para él demasiado doloroso, por lo que a su propia entraña y al ambiente en que vive se refiere. Y de ahí esa obstinación en el silencio para no descubrir sus íntimos tesoros, como un Coauthemoc desde el lecho de rosas de la frase sublime.

Lo que hemos podido saber es que en la mocedad trabajaba en pesadas faenas de ménestral, y en ratos perdidos dedicábase a dibujar como le fuera posible, por puro impulso de su vocación. La nada común habilidad de sus manos llamó la atención de gentes cultas, vinieron estímulos y algunos años después fué enviado a estudiar escultura en una Academia de España, en donde fué discípulo de reputados maestros. Viajó por Francia e Italia y de regreso en el país, realizó una obra magistral, la bella estatua de Atlacatl, que fundida en bronce yergue la reciedumbre de su mus-

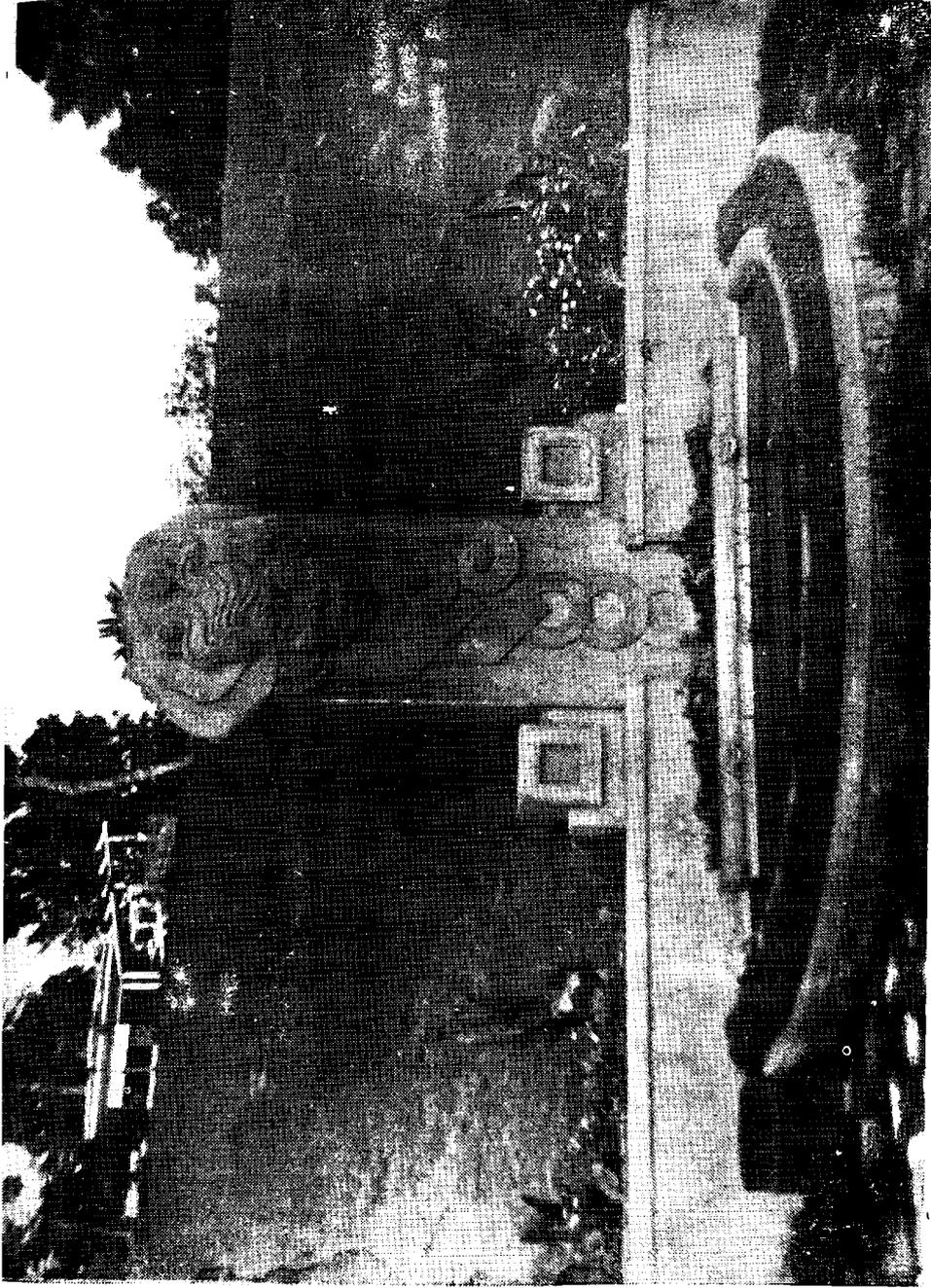
culatura al final del paseo Independencia, haciéndose sombra sobre los ojos, para avizorar el futuro hacia el lado del sol que se levanta. Hizo algunos detalles decorativos para el frontis del Palacio Nacional, el busto del Maestro Gavidia y algunos trabajos más.

El Salvador contaba ya con un escultor de veras cuyo nombre pronunciábase con respeto. Pero los encargos oficiales no abundaban y los particulares menos. A ningún adinerado ocurríasele que el artista decorara su mansión con creaciones estatuarias. Para eso había de sobra en los almacenes de novedades. Demasiado artista, Valentín no tuvo arrestos para imponerse en el medio y hacerse cotizar; y reintegrado al ambiente humildísimo de su barrio pobre, a la sempiterna condición de obrero, ha pasado y dejado pasar años y años enteros, sumido en el anonimato. Apenas una que otra clase; apenas uno que otro trabajito de poca o ninguna significación, mal pagado y a largos plazos por parte del interesado y a términos de informalidad por la del artista.

Pero últimamente ha habido en él un renacer saludable, propiciado por la obra embellecedora de la Junta Nacional de Turismo, bajo la inspiración de un dinámico poeta, Raúl Contreras.

En donde fueron sitios aledaños de la ciudad trajinada y sudorosa, abandonados al pastaje de semovientes, han surgido como por encanto —pero gracias a una ímproba labor— deliciosos rincones de ensueño, parques idílicos en los que se da a la bellaza natural su verdadero valor; en donde el paisaje sacudido de indiferencias, muéstrase en plenitud, con toda la riqueza de sus matices fuertes, de sus nieblas, de sus florestas, de sus pájaros, de su sol.

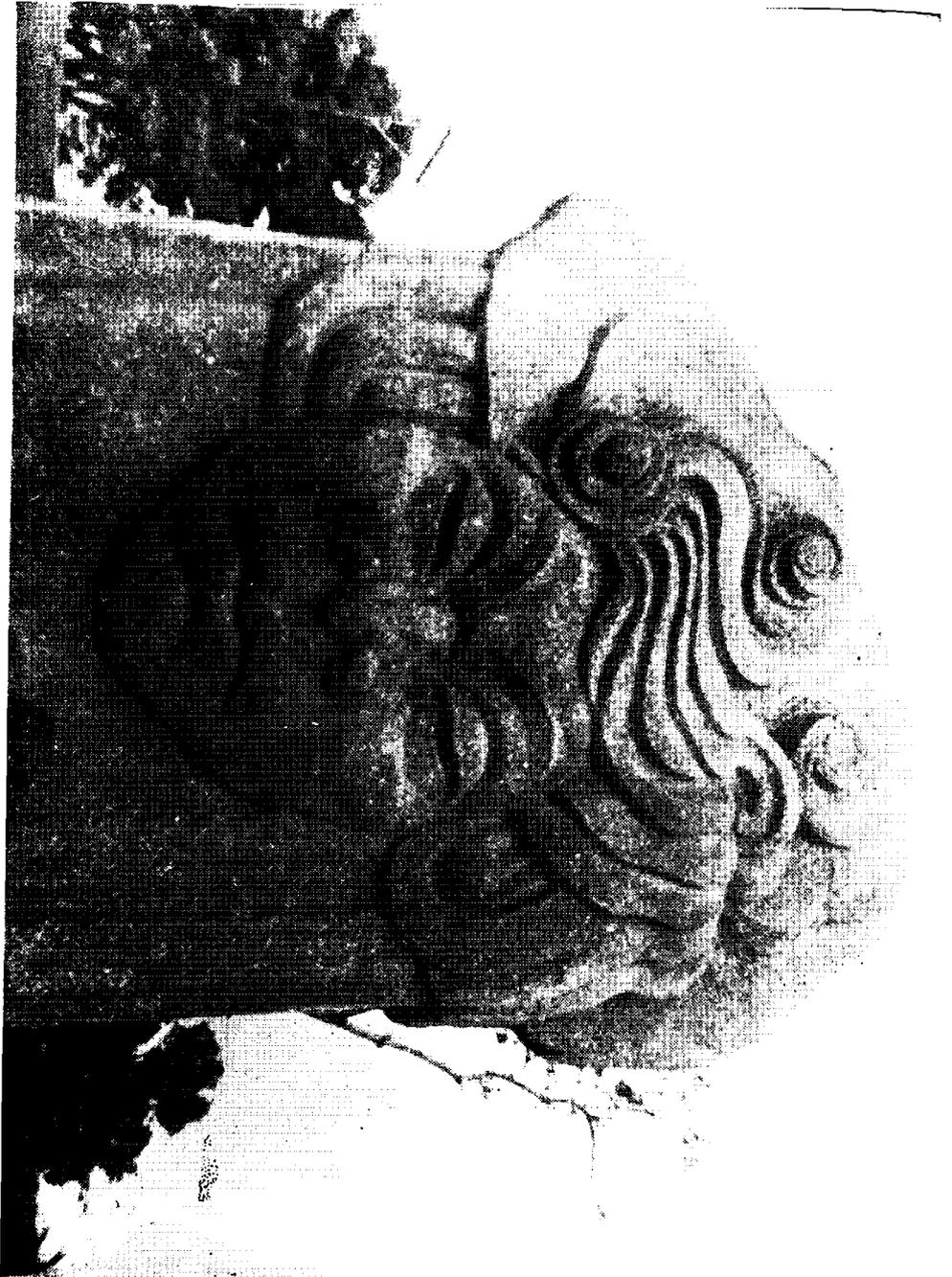
Así, como jaula colgada sobre un precipicio de vértigo, el gran Mirador de los Planes de Renderos, vuelca pajarerías de asombros sobre la mejestuosa indolencia de la ciudad en lejanía. El Parque Balboa, exaltación de la raza y del suelo nativo, erige a la entrada la esbeltez de su Obelisco, en homanaje a la grandeza hispánica y aquí y allá surgen los manes de los aborígenes en el hieratismo de la piedra, tallados magistralmente por los cinceles de Valentín Estrada. En el Obelisco luce en delicado medallón la efigie del rubio conquistador Vasco Núñez, la barba, espuma del Mar del Sur, dulcificada por los besos de Anayansi. Parque adentro, la Fuente del Indio, de armoniosa disposición en los elementos de decoración indígena; estela coronada por una admirable cabeza de revueltos cabellos que se elevan en ágiles volutas, arremolinados de tormentas; entrecerrados los ojos tras los macizos de los pómulos y todo el rostro de reseco labios eternizado en augusta digni-



Fuente del Indio.

(estelo)

Parque Balboa.



Fuente del Indio.

(detalle)

Parque Balboa.



Figura ornamental.

(ídolo precolombino)

Parque Balboa

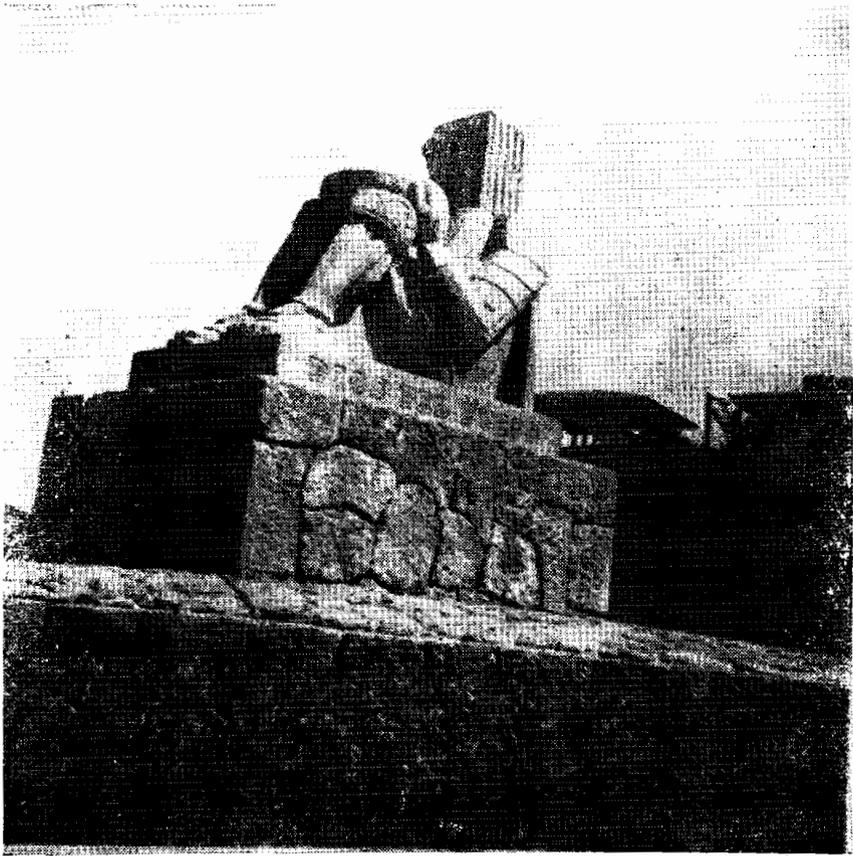
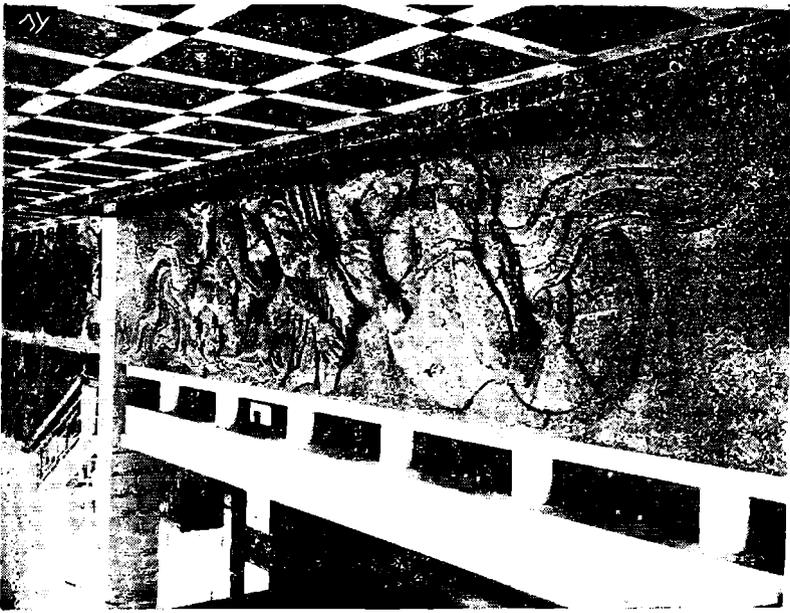


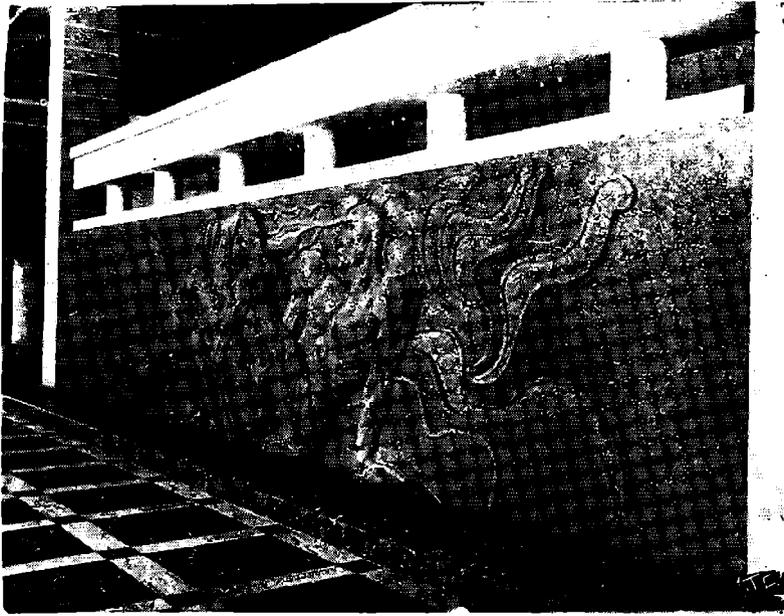
Figura ornamental

(ídolo precolombino)

Parque Balboa

Friso del Gran Mirador. (detalle)
Planes de Renderos

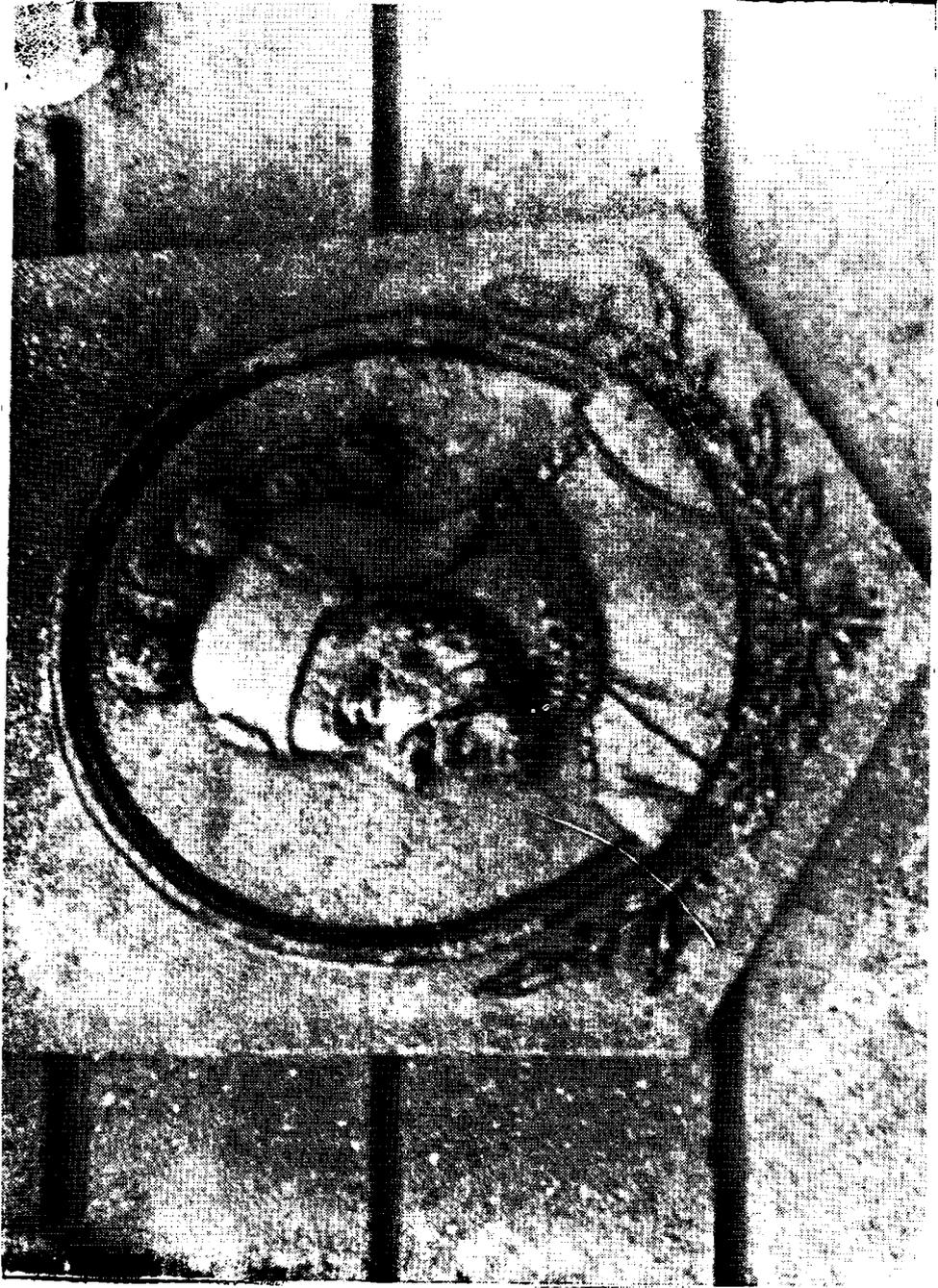




Friso del Gran Mirador.

(detalle)

Planes de Renderos



Medallón de Vasco Núñez de Balboa
(obelisco)

Plaza España

Parque Balboa

dad. Más allá la Divinidad del Fuego; luego la del maíz y en la atrevida arguitectura del Gran Mirador, los dos imponentes frisos simbólicos del Trabajo, de la Lluvia, de la Tierra Fecunda, en tajante firmeza de trazos, en los que la luz, en estrecha colaboración con los cinceles, subraya los efectos de bien lograda perspectiva en la sobria y por ello magnífica composición, concebida en líneas de bien logrado modernismo.

Dentro de la tendencia americana de revivir y dar vigencia al arte precolombino, estos trabajos de nuestro escultor ofrecen felices realizaciones, como que en su alma impónese la sinceridad de los ancestros. Diríase uno de los artifices que tallaron encajes en las piedras del Tazumal, pero que ahora, ante el empuje de los tiempos nuevos, también "reza a Jesucristo como habla en español'."

¿Orgullo de artista el silencio de Valentín Estrada? ¿Complejo de timidez por su aislamiento, por los sueños frustrados, por las circunstancias de su vivir empenuriado y perdido en aniquilamientos voluntarios?

Respetemos ese silencio. Bastante hablan al espíritu las obras de sus manos.

REALIDAD Y SUPERSTICION EN TORNO A MAQUIAVELO

por ROLANDO VELASQUEZ.



INSTALADO entre las auténticas glorias de Italia renacentista, nada menos que junto a Dante y Miguel Angel, Nicolás Maquiavelo sigue siendo motivo de preocupaciones ya que no de entusiasmo, al menos para un reducido grupo de estudiosos y un robusto y ostensible porcentaje de periodistas y pensadores sencillos y supersticiosos, incansables buscadores de maravillas y complicaciones efectistas, que de tarde en tarde se ufanan cuando, después de muchos esfuerzos, han logrado encajar el “maquiavelismo” como cognomento de un personaje o un suceso que a veces no sobresalen de lo común, y no justifican por lo tanto el tono superlativo y extraordinario que se le imprime a la expresión, considerándola como el resumen de lo diabólico y sobrehumano.

Escritor oscuro, y según el decir de algunos biógrafos, cortesano e intrigante poco hábil o afortunado, Maquiavelo entró dichosamente, y desde hace mucho tiempo, en las sombras de la superstición. En su aspecto serio, no puede tomársele al presente sino como un motivo de investigación y curiosidad, más que todo literaria, pero desgraciadamente para quien no conoce tónica y técnica del idioma en que escribió, resulta imposible encararse a su venerable sombra en calidad de crítico literario. Habrá que aceptar en este caso el fallo de quienes son jueces más autorizados en la materia, y contentarnos conque el ilustre florentino fué, de acuerdo con el criterio de estos jueces, tan grande como Ariosto. Allá los dos grandes fantasmas que aclaren definitivamente entre ellos la realidad de su posición histórica y decidan por sí mismos acerca de la propia grandeza. En cuanto a los hombres de estos tiempos, acaso porque poseen una sensibilidad o un criterio estético distintos, una o dos obras de Masuiavelo situadas en un campo propiamente literario que es posible conocer, son de una insipidez absoluta cuando no de una marcada tendencia soporífera. Quedaría por examinar el otro aspecto, el de político inigualable, mago del razonamiento, creador único y excelso de artificios y fórmulas extraordinarias para conservar el mando político, que continúa, desde la eternidad, vigilando y orientando el destino feliz de los pueblos, o sumiendo a estos en los horrores de la tiranía y la maldad. Pero que grande es su doctrina, que de extraordinario hay en sus sistemas, de qué divina infalibilidad están revestidas sus fórmulas, como para que reclamen esa eternidad, esa inmortalidad pragmática que se les atribuye? He aquí la pregunta, un tanto difícil de responder.

Disienten detractores y apologistas de Maquiavelo en cuanto a lo demoníaco o lo benéfico de la doctrina maquiavélica, pero coinciden en cuanto a la grandeza y actualidad de Maquiavelo, con igual ingenuidad y certidumbre. Mas, se pregunta uno, al conocer tan obstinada estimación, qué clase de pensador robusto y sobrenatural era este Maquiavelo, que sobrevive todavía a las asperezas y oscuridades de una política de siglos? Se trata de un pensador a la manera de Nietzsche, prolífico, profundo y multilateral, a la vez que arrebatador y dominante, que se proyecta a través del tiempo con la fuerza de la universalidad y eternidad de sus temas? Decididamente no. Nietzsche, aún considerado fragmentariamente, ofrece más extensión, mayor unidad y verdadera universalidad. Inclusive es más "político" en cuanto a comprender la

teoría, mecanismo, función y objetos del Estado. En cambio Maquiavelo resulta un pensador simple y nimio, y permanece, no obstante todo el calor de sus apologistas, sumergido hasta el cuello, o en las liviandades de la República o en el suampo de crímenes y excesos que caracterizaron el pensamiento y la acción política del Renacimiento. Indiscutiblemente, Maquiavelo no logra sobrepasar ese ambiente y se mantiene apegado a él, unido a las fórmulas, costumbres y pensamiento de su país y de su tiempo, dentro de los cuales la influencia de sus ideas acaso haya producido grandes acciones, grandes transformaciones y hasta revoluciones. Pero hasta ahí queda limitada su grandeza, con una vasta y bien fijada restricción en el tiempo. Más acá de aquellas épocas tempestuosas, en que no sólo en la política se empleaban métodos resolutivos inspirados en la astucia y la violencia, sino que ésta presidía en lo general todos los actos y pensamientos humanos: el amor, la noción de la propiedad, el sentimiento religioso, las máximas del honor, a Maquiavelo no puede admirársele sino como el árbol petrificado y solitario colocado en lo alto de la montaña. Precisamente lo que lo torna más desagradable es la pertinacia de sus exégetas por actualizarlo, cuando trasladar su grandeza hacia épocas más avanzadas resulta una tarea si no ridícula al menos risible, como la del ingenuo tarasconés de Daudet trasplantando al minúsculo jardín de su patio los robustos boababs y las gigantes cas palmeras africanas. Aun forzando un poco la imaginación, un político de nuestros días que deseara construir una doctrina política a base de Maquiavelo se encontraría con que unos pocos elementos generales del maquiavelismo que acaso permanezcan vivos y que pudieran por lo tanto trasplantarse, apenas le darían una planta raquífica, enana, incapaz de compensar en lo mínimo siquiera el esfuerzo y el tiempo gastados en el cultivo. Y más le valiera en este caso a tal hombre abandonar la política y marcharse por el mundo a buscar la fuente de la juventud eterna a los formularios mágicos para el cultivo de la mandrágora y el muérdago.

Benito Mussolini fué uno de los hombres que en los tiempos modernos intentaron la resurrección de Maquiavelo. Cuando un grupo cortesano le ofreció, junto al grado de doctor "honoris causa" de una Universidad italiana, una espada en la que se había grabado la sentencia de Maquiavelo: "con palabras no se mantiene el estado", Mussolini hizo uno de sus más robustos discursos, en el cual expresó: "Afirmo que la doctrina de Maquiavelo está

viva hoy después de cuatro siglos". Pero el discurso del dictador no fué siquiera una superación de alumno aventajado a su preceptor; era la propia negación de Maquiavelo y la afirmación de que un político de estos tiempos no necesita haber siquiera hojeado a Maquiavelo para tener ideas atrevidas, ya sea buenas o malas, y que la política de estos tiempos es más ruda, precisa y decisiva, como para considerar a Maquiavelo un simple y risueño anacronismo. El tímido favorito de Médicis y BORGÍAS se habría horrorizado al escuchar de labios de su compatriota, a más de cuatro siglos de la aparición de "El Príncipe", la más brutal apología de la violencia, las más bárbaras imprecaciones contra los derechos de los pueblos, la expresión de la más tremenda doctrina absolutista, que ningún punto de contacto tenía con la inofensiva y hasta pacífica doctrina maquiavélica, pero que sin embargo era propalada en su nombre. En esa ocasión las menores expresiones de Mussolini fueron: "Los sistemas representativos pertenecen más a la mecánica que a la moral", "al pueblo no le queda más que un monosílabo para afirmar y obedecer", "Ante todo el pueblo no ha sido definido nunca. Es una entidad meramente abstracta como entidad política". Expresiones todas capaces de pulverizar o al menos de reducir a un juego intelectual más o menos hábil, más o menos ingenioso, no sólo una doctrina paradójica y llena de artificios como la de Maquiavelo, sino cualquier otra doctrina tendiente a llevar a los peores excesos el mando individual, y a poner la figura de un hombre o un grupo de hombres sobre la totalidad de los derechos humanos. Prueba de que el propio Mussolini, aún cuando apareciera como un devoto seguidor de Maquiavelo, en realidad no hacía sino burlarse en su interior de la miseria y la pequeñez del pobre adulator florentino. Pero los dictadores tienen siempre sus debilidades y el "maquiavelismo" era aparentemente la de Mussolini. Real, o simulada, su admiración por Maquiavelo le daba, además, la oportunidad de remover hasta lo más oscuro el sentimiento nacional de un pueblo amante de su tradición, orgulloso de sus artistas, amigo de la charla y la elocuencia, y cuya conformación espiritual comunicativa y poética fué, acaso la que inspiró la frase, más irónica que de sentido político, que los aduladores hicieron grabar en la espada del Duce. El trágico destino de éste viene a ser, por otra parte, si se le sitúa dentro del maquiavelismo auténtico, una potente advertencia para aquellos que ingenuamente piensan que en Maquiavelo están contenidas las

fórmulas eficaces e invariables, siempre de positivos resultados, para el buen suceso en la política.

En realidad, el propio Maquiavelo nunca pareció darse a sí mismo mayor importancia. Tampoco su papel junto a los grandes de Florencia y de Roma fué, al decir de sus biógrafos, un papel brillante y decisivo. Su vida fué la de un trabajador rutinario y oscuro, al margen de toda grandeza. Parece que los políticos de su tiempo no fueron, ni generosos, ni aficionados en forma alguna a tomar el consejo ajeno. No hay que olvidar que en las grandes familias señoriales de los Sforzas, los Borgias y los Médicis, tanto hombres como mujeres poseían el mismo espíritu tremendo, indisciplinado y agresivo. Eran gentes totalmente ajenas a los escrúpulos de conciencia. Para tener una idea siquiera aproximada de su carácter habrá que recordar, nada más, a uno de los Médicis, con la capa ceñida al brazo, saltando por encima de un cerco de espadas enemigas dispuestas a liquidarlo, sin perder ni un solo momento su aplomo y su valor. Habrá que recordar también a una mujer de la familia de los Sforza, presenciando desde lo alto de una torre el sacrificio de sus hijos, asesinados brutalmente, sin conmoverse mayor cosa, haciendo nada más señales inconvenientes a los asesinos para asegurarles a gritos que ya encontraría forma de responder a sus dulces, inofensivos cachorrillos. En cuanto a las cosas del estado, estas gentes, orgullosas y altivas, preferían reconcentrarse en el círculo familiar, haciendo pesar el interés de la familia sobre el carácter de todas las decisiones. Es ciertamente dudosa la efectividad de Maquiavelo como consejero político junto a gentes de tal clase, más si se considera su naturaleza reconcentrada y tímida. Sin faltar a la seriedad, sin asumir un tono irreverente, no sería aventurado suponer a los Borgias y Médicis haciendo todo lo contrario de lo que su preceptor y consejero les recomendará. Fuera a recomendarles la paz, y al día siguiente estallaba la guerra. Si Maquiavelo hablaba de violencia, al día siguiente estaban con las manos limpias de sangre, asistiendo a la santa misa. Pero no fuera a decirles que las fórmulas del Gobierno consistían en la armonía y la clemencia, porque en el mismo momento se producía una matanza, en la que perecían hasta los hermanos y los miembros más próximos de la familia.

Hay en otro aspecto muchas circunstancias que hacen dudar de la sagacidad política y de la habilidad de Maquiavelo como intrigante. Sus largos eclipses, su pobreza perenne, sus prolongados exilios lo muestran como un hombre de poca fuerza instintiva. Un

político sagaz no permite nunca que se le olvide y se le confine, un intrigante hábil no permanece largo tiempo exiliado. Lo que maravilla verdaderamente en el político de vocación real, es la capacidad de resistir a los acontecimientos, de sobrevivir a las catástrofes históricas, de mantener inalterable su personalidad aun a pesar de los más adversos cambios ideológicos. Pero Maquiavelo, no obstante que a veces se le confiaran misiones delicadas, fué siempre, dentro de la política activa, un hombre de segundo plano, un espíritu subordinado, un espectador más que un actor. Hábil, así, como todo artista, para atisbar los sucesos y para hallar una interpretación adecuada de ellos, su ubicación correcta está más dentro de la historia que dentro de la política. Su finura y su penetración en este campo son tales que, siglos más tarde, en la época de Marx, habría arribado a las mismas conclusiones de éste en cuanto a la interpretación de la historia.

En igual forma, sus teorías políticas son también las de un artista. Podría explicarse la existencia de ellas como el resultado de su imposibilidad para realizar grandes acciones dentro de un terreno práctico. Tuvo que conformarse con su único recurso de escritor, para construir una teoría, una expresión de sus creencias personales acerca de la política, sin imaginarse siquiera los alcances posteriores de su acción, sobre todo en lo que concierne a crear la interpretación de la política como un programa rígido, en el que juega papel importante el cálculo matemático, y donde cada situación peculiar tiene una fórmula resolutive también peculiar, por medio de la cual se alcanzan siempre resultados satisfactorios.

Esta idea un tanto deportiva de que la política es a la manera de un juego de ajedrez en el cual la ubicación y el movimiento de los peones en determinado sentido ofrece posibilidad de soluciones exactas, es motivo muy a menudo de disgustos y hasta tragedias para los políticos. El cálculo más bien trazado no conduce a veces al resultado que se espera si no es por la intervención de elementos aleatorios, meramente contingenciales. Con frecuencia los grandes profetas de la política anuncian para el día siguiente la creación de un Estado socialista, y en la mañana del día anunciado aparece entronizada una poderosa dictadura reaccionaria; se supone que va a estallar una formidable huelga, y ese día los obreros concurren más satisfechos y contentos al trabajo; se profetiza que el gobierno va a ser depuesto, y es cuando llueven las adhesiones. En cambio cuando se confía más en el orden y la se-

guridad, estalla primero una huelga, luego un motín, y más tarde una violenta revolución que arrasa no sólo con los cálculos de los profetas, sino también con el orden establecido y hasta con los mismos profetas. Un político, aunque sea instruido e inteligente, que carezca del instinto para preveer las posibilidades de la emergencia, de los factores que escaparon al cálculo, está irremisiblemente perdido. En cambio puede a veces vencer las contingencias un hombre de simple buen sentido, con su instinto siempre alerta, y que no se hace ilusiones en cuanto a las fórmulas rígidas, con una solución predeterminada. Ocurre en este terreno, aunque parezca paradójico, lo que ocurre con la predicción de los fenómenos atmosféricos: cuando los grandes observatorios, dirigidos por sabios eminentes y sostenidos a base de grandes gastos, con novedosos instrumentales, no aciertan en la predicción de la lluvia o la sequía, al rústico campesino le basta con mirar a las orejas del borrico, o descubrir quién sabe qué misteriosos signos en el cielo, para formular un pronóstico acertado.

Lo anterior por supuesto no constituye una defensa del empirismo en ningún terreno, mucho menos en el delicadísimo y respetable de la política, sino únicamente una reflexión más o menos afirmada en la experiencia.

Conocí en mis mocedades a un pobre muchacho hondamente preocupado por las cuestiones del amor. Creía en la existencia de métodos y tácticas específicos para conquistar los corazones femeninos, y se desesperaba en la búsqueda de ellos. Tuvo que soportar la lectura pesada y asqueante de las "Memorias" de Casanova; buscó en todas las versiones de Don Juan y en una verdadera montaña de libros llenos de poesía y de vicio, y por último alguien le dijo que la clave infalible se hallaba en el "Ars Amandi". Pero el libro acabó de perturbarlo. Sobre todo, no se explicó jamás cómo podría emplear aquella técnica de asedio, hecha para las grandes damas romanas, aplicándola a las colegialas dulces o las poco instruidas muchachas de su vecindario, sin que ellas juzgaran que estaba loco. Igual que San Cipriano, decidió entregar su alma al demonio con tal de resolver el horrible conflicto. Forzando la pureza de sus sentimientos católicos el pobre muchacho se echó en brazos de hechiceros, farsantes y charlatanes de la peor condición, y yo lo ví recitando fórmulas mágicas, sumergido en la lectura de los más horribles grimorios, bebiendo pociones de cantárida y fabricando filtros de amor con los peores desperdicios de los más extraños animales de la creación. Dichosamente uno de los

charlatanes a quienes consultaba, descubriendo acaso por medio de su psicología empírica que se hallaba ante un caso de timidez, le dió al fin la teoría deseada, al recetarle unos polvillos mágicos: "Deles a beber esto a sus muchachas, pero ponga también su parte y agudice su instinto. Sea tenaz, perseverante, valiente, no se deje vencer por los desprecios ni las negativas, no enamore dos muchachas a la vez, pero cuando se ponga tras de una no le dé tregua hasta conseguirla". No diré que con esta fórmula mi amigo alcanzó éxitos extraordinarios, pero no le fué del todo mal. Se curó de sus pesares y de sus manías y logró al fin la meta de todo hombre excesivamente preocupado por las cosas del amor: se casó y hoy es el padre de cuatro hermosos muchachos.

La historieta encaja perfectamente en el tema. Para el hombre de nuestros tiempos resulta tan ingenuo buscar fórmulas para vencer en el amor en las páginas del "Arte de Amar", como ingenuo resulta buscar fórmulas para el dominio político en las páginas de "El Príncipe". Maquiavelo no tuvo jamás la pretensión de que su libro llegara a convertirse en el "Vademecun" de los políticos de todos los tiempos. Más todavía, no lo escribió con el fervor del hombre que va a dar una obra para la eternidad, sino con la prisa y el cariño de un hombre que se afana en buscar un empleo. Era en las aflicciones del exilio y cuando, él mismo lo confiesa: "Desearía que estos señores Médicis se decidieran a utilizarme aunque no fuera más que para acarrear piedras". Lo natural era entonces dedicar a Lorenzo, su potencial protector, una reseña de sus conocimientos que sirviera para recordar que él había prestado ya otros servicios, durante largos años, en las tareas políticas, y que era un magnífico secretario, un hombre discreto, digno, bien informado acerca de la política de su tiempo, y de la conducta que deberían seguir, en líneas generales, los hombres de mando. El sistema no es desconocido entre nosotros, ni para los políticos ni para simples aspirantes a trabajos relacionados con la política. Las antecámaras presidenciales, en los países centroamericanos, están siempre repletas de hombres que buscan empleo a través del mismo ingenioso sistema de Maquiavelo. A falta de mayores talentos literarios, estos llevan junto a su pecho, no una obra parecida a "El Príncipe", que por otra parte el Presidente no tendría tiempo para leer, sino dos o tres hojitas, cuidadosamente mecanografiadas, a las que ellos denominan *memorándums*. En la primera parte ofrecen las más curiosas soluciones a todos los problemas de la nación, inspirándose en el más generoso patriotismo; en la

segunda parte hacen una historia de los cargos que han desempeñado con anterioridad, y entran de lleno a formular su petición de empleo.

Siendo así, los alcances de la obra tendrían que ser forzosamente limitados. Por otra parte, habría que examinar detenidamente la formidable originalidad que se atribuye a Maquiavelo. "El Príncipe", considerado su obra maestra, aunque inspirada en las razones antes apuntadas, que no carecen de seriedad, tiene una originalidad dudosa, aun cuando sea una evidencia de habilidad y erudición. Aparte de una adecuada interpretación de los sucesos históricos, que acaso constituyan la mayor fuerza original, la mayor parte de las máximas y doctrinas contenidas en la obra, no son sino versiones cuidadosamente disfrazadas de pensamientos anteriormente expresados, aun cuando no aplicados específicamente a la política. Son cuestiones de una naturaleza tan simple e inofensiva, que muchas de ellas fueron indudablemente extraídas de la cantera inagotable de las escrituras.

Bastaría para cerciorarse de ésto examinar nada más dos de estas máximas, en las cuales una tradición ingenua y simplista ha creído encontrar la potencia y la originalidad mayor del pensamiento maquiavélico: "A los hombres hay que atraérselos o deshacerse de ellos", que no es sino una alteración de las palabras evangélicas: "El que no está conmigo está contra mí"; y "Divide para vencer", que no es otra cosa que una versión aplicada de la sentencia cristiana: "Todo reino dividido contra sí mismo es desolado". Un espíritu crítico determinado a encontrar el origen de otras muchas expresiones semejantes, terminaría por ofrecernos una vasta sorpresa en lo que se refiere a la pretendida originalidad del ilustre florentino, sobre todo en la parte concerniente a sus frecuentes incursiones sobre el campo bíblico.

En este aspecto, uno de los críticos de Maquiavelo llama la atención sobre el hecho de que muy poca gente, particularmente entre los políticos y los hombres de letras, se ha interesado de leer con detenimiento y preocupación a Maquiavelo. Este detalle es, indudablemente, el que ha creado una atmósfera de superstición en torno al autor de "El Príncipe". Se le acepta y cita sin examen, y a veces desconociéndolo totalmente, con una extremada ligereza. Con su obra ocurre lo que posteriormente ocurrió con Lombroso y Freud. Hace unos cuarenta años el "lombrosianismo" estuvo de moda, y no hubo chico de entonces que al ensayar sus primeras raterías sobre la bolsa paterna no fuera llamado "lombrosiano".

Descartado Lombroso, surgió la nueva superstición de Freud. Cualquier sueño truculento que uno tuviese, o cualquier signo inocente surgido en la conversación, fueron considerados como expresión de un "complejo", y el mundo pareció que iba a despeñarse en un abismo de "complejos" de toda naturaleza. Estas dos últimas supersticiones fueron de existencia efímera. En los momentos presentes estamos asistiendo sin duda al crepúsculo de Freud. En cambio no ha sucedido igual con la superstición de Maquiavelo, por cuanto la naturaleza de su pensamiento interesa a una porción mayor de la humanidad, y las supersticiones sobreviven y crecen en relación directa con la magnitud del grupo que las profesa.

Es indudablemente que transcurrirá mucho tiempo antes de que la superstición en torno a Maquiavelo sea totalmente eliminada. Lo "maquiavélico" como instrumento literario para expresar cosas desusadas y constituidas sutilmente, seguirá siendo una bella expresión sonora, capaz de sustituir con eficacia al "mefistofélico" en desuso, aunque más adecuado. Y muchos hombres de Estado, ilustrados, serios y circunspectos, que habrán leído a Maquiavelo cuidadosamente, con la sonrisa irónica y complasiva a flor de labio, pensando cuánto más allá de Maquiavelo puede ir un político de poderoso instinto, que no crea en fórmulas y doctrinas infalibles y dé al azar y al hecho fortuito e imprevisto su verdadera posición e importancia, seguirán colocando en el sitio más visible de su escritorio, las costosas ediciones de "El Príncipe" y "El Hombre de Estado". Acaso lo único realmente "maquiavélico" en el sentido de finura y malicia de esta actitud, sean los estremecimientos de supersticioso temor que lograrán provocar entre allegados y cortesanos, maravillados al ver a un hombre rodeado de tales armas. Porque aun cuando el estadista conozca por experiencia que nada nuevo ni aprovechable para resolver sus problemas pueda extraer de entre esas páginas muertas, los otros seguirán creyendo, ciega y supersticiosamente, que se encuentran frente al hombre que posee las llaves y los signos que abren las puertas y hacen la revelación de los grandes misterios. Los estará dominando con la simple evocación de un fantasma, aun cuando sean ellos mismos quienes hayan ofrecido, como tributo de adulación y cariño, los libros lujosamente encuadernados...

San Salvador, mayo, 1951.

Juicio Valorativo a unos Versos de Ricardo Martel Caminos

A raíz de una solicitud nuestra, contraída a obtener una apreciación justa de nuestros valores jóvenes, y en el deseo de dar a conocer a éstos entre los intelectuales latinoamericanos de reconocido valor literario, hemos recibido la carta que a continuación transcribimos:

México, D. F., 9 de julio de 1952.

Señor Arturo Benjamín Sánchez,
Redactor de "ANAQUELES"
San Salvador, El Salvador.

Estimado señor:

Conmigo su carta de fecha 26 de junio, acompañada de un ramillete de versos del joven poeta Ricardo Martel Caminos, que usted generosamente me envía en solicitud de un juicio valorativo.

He leído esos versos con atención. Desde luego, acusan a un espíritu bellamente dotado, lleno de sensibilidad y encanto nativo, valores que aprecio más que muchas complicaciones y malicias propias de los poetas "de urbe".

No quiero prodigarme en consideraciones críticas. No deseo, con este dolor que empieza, el reclamo del juicio de campanillas, pues sé por experiencia las consecuencias negativas de todo hos-

sanna prematuro. Abona más mi punto de vista el hecho de que Martel Caminos no ha publicado todavía ningún libro, y el libro —y no el poemario inédito, o publicado al azar de las oportunidades— es el que da la base formal para todo ensayo de interpretación y de análisis. Pero es bueno ir pensando en la posibilidad de que Martel Caminos haga ya una rigurosa selección de sus poemas, y busque el título justo de su primera y valerosa salida al mundo.

Van ahora algunas observaciones raudas, sobre los versos que me envié:

“Primera Elegía”. Con esta dedicatoria: “A mi padre”.

Fluidez. Candor. Versos deliciosamente irónicos, como el que dice:

entre un negro follaje de sotanas.

Y estos, sobre todo, que me parecen los más bellos. Un hallazgo:

¿Cómo hacías buen hombre, cómo hacías,

para tornarte junto a mí tan niño?

En la parte IV, donde todos los versos defienden finamente su rumor endecasílabo, hay uno descalabrado, o, como dicen los preceptistas, cojo. Es el que dice: *Vencedora del tiempo y el desconsuelo*. He notado dos o tres más, que adolecen de falta de ritmo, sobre todo en “Invitación al pecado”. Donde también hay versos magníficos, como cuando invita a *la sencilla vida del pecado*, pues aquí el adjetivo es un acierto humano... y divino. Encuentro en el poema “Retorno” la voz *undívaga*, descubierta y conquistada por Barba Jacob. Descubra y conquiste Martel Caminos otras voces. Todo poeta muestra, sobre las voces clásicas u oficiales del idioma, un vocabulario “Suyo”, original. Y será tanto más intenso cuanto mayor sea el caudal de ese vocabulario personal.

JUICIO VALORATIVO A UNOS VERSOS DE
RICARDO MARTEL CAMINOS

Los últimos poemas breves de esta breve selección son para mí los más bellos. El titulado *Media Luz*. Y más, el titulado *Ilusión*, que me parece un madrigal purísimo, digno de figurar en una futura antología. En fin: me parece que esta voz inicial como lo dice el propio autor, es

*Voz que viene y no llega,
que llega y no se va...*

Aún indecisa, sufriendo su propio descubrimiento, más ardiendo en deseos de superación, creo que la voz de Martel Caminos ocupará con el tiempo un sitio distinguido y elocuente en el ya numeroso concierto de lirás centroamericanas.

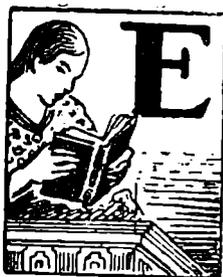
El nacimiento de un poeta es un misterio, y, como todo misterio, nos invita a la meditación y nos llena de esperanza.

De usted atentamente,

(f) *Alfredo Cardona Peña.*

EL AUTOR Y EL LIBRO

Por el Prof. BRUIN



EN EL Génesis se lee: “Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces; con dolor parirás los hijos...” anatema que Dios fulminó para castigar la primera desobediencia del primer hombre al primer mandato. Aquella condenación al acto de rebeldía de los padres del humano linaje encerraba un doble significado: el castigo mediante el dolor físico como expiación del pecado cometido y el consuelo y la esperanza de ser autores de una nueva vida prolongación de la suya que bien pudiera señalar nuevas rutas de redención y vanagloria y nuevos caminos...

Apliquemos dicho símil al autor y su obra sin riesgo de pecar de irreverentes ni de entrometidos “Engendrarás y con dolor parirás tus hijos”... ¿Y por qué no así...? si el autor es también padre por naturaleza del engendro más cumplido... el libro —los libros— que concibe en su mente por el imperio del arte que es en él llama de amor viva a cuyo divino soplo la presencia de un nuevo ser es promesa de un nuevo libro. ¡Y cuánto dolor, penas y fatigas sufrirá antes de parirlo para ventura o desventura del linaje humano! ¡Cuántos desvelos, qué de cuidados solícitos, cuán insospechadas torturas no ha sufrido antes de ver la luz primera el nuevo ser que sin presencia física ha desgarrado su carne mordida por el dolor de la duda y la incierta inquietud de dar la vida a un mefítico engendro o a un ser incorpóreo, pero espiritualmente eterno, vivo.

Libros hay que bien puede decirse que son dones celestiales.

Irradian luz y llenan el corazón de venturas inmarcesibles. El espíritu se desprende de la tierra y se eleva a las cumbres de los elegidos allá donde es sólo dado pisar con leves pies de espuma o volar con sedeñas alas de mariposa o de querube.

Más no debemos creer por ello que no haya sido el parto laborioso ni difícil.

Si siguiéramos la gestación, el proceso que la mente y el corazón de los grandes elegidos sufrieron cada vez que las Musas reclamaron sus fueros, sentiríamos honda piedad por aquellos infelices condenados físicamente a sufrir los dolores de un parto que acaso sea asombro del mundo.

Dante, Petrarca, Homero, Virgilio, Shakespeare, Esquilo, Milton, Cervantes, Lope, Ercilla, etc., sintieron en sus carnes la física tortura de la maldición bíblica. ¡Y qué duda cabe! Bástenos recordar las confesiones de Rubén Darío, de Edgard Poe, de Bocaccio, de Mauculay, de Espronceda... que refieren cómo el sudor y las lágrimas bañaban su frente y regaban sus mejillas confundándose con la tinta que emborronaba las cuartillas de papel, dejando en ellas no sólo la inmaterialidad de un alma entregada a los implacables destinos del Arte cuando reclama la fecundidad de los elegidos sino también girones sangrientos de su cuerpo en su presencia física. ¡Y cuántos enloquecidos por la tortura intentaron ahogarla en el alcohol, el tabaco, y la morfina. Rubén, Oscar Wilde, Poe, Lord Byron, San Agustín... cuentan en sus Confesiones que las costumbres desordenadas a que se entregaron en ciertos períodos de su agitada vida llenándoles de dolor y vergüenza fué en ellos su involuntario sino reclamado por la débil naturaleza para resistir los dolores cruentos de un anormal alumbramiento. Igual a la hembra que en ciertos casos ofrece el holocausto de su vida, así vieron segada la suya muchos autores arrastrados por la desesperación al suicidio.

Menos mal que la ley moral reconoce implícitamente al autor ciertas consideraciones sancionadas por la costumbre.

Dícese que el hombre puede sentirse feliz por haber sido provechoso a la humanidad si ha cumplido tres destinos: plantar un árbol, procrear un hijo y escribir un libro. Estos tres objetivos no son sencillos ni están al alcance de todos los mortales. Sintamos, pues, en nuestro interior respeto y admiración por los que lo han cumplido.

Con respecto al autor del libro, le haremos el mejor elogio in-

teresándonos por su obra. Es su hijo, y por esto no extrañemos cuánto será su celo y su amor en verlo amado y comprendido. El respeto a la infancia y al libro es el mejor signo de progreso de los pueblos cultos y libres. Leamos mucho y bueno. Tengamos el talento de saber clasificar los sanos de los nocivos, igual que hace el maestro cuando separa al alumno pervertido para que no contamine con su presencia a los aplicados y modositos. Cuidemos con amor la vida física de los libros como cuidamos la de la infancia, pues si una representa el summum de nuestros mayores goces, los otros nos darán las mayores satisfacciones del espíritu. Veamos porque la presencia de nuestros libros en los anaqueles y bibliotecas no ofrezca un sólo valor decorativo, una hermosa perspectiva con sus lomos bien dispuestos en columnas que dicen de quien los posee nada grato a su cultura. Que el polvo que los cubra no declare que jamás fueron abiertos y que sólo son regalo de los ojos igual que esos pobres niños que se exhiben por las calles vestidos con trajes primorosos cubriendo unos cuerpos sólo externamente conocidos por sus padres, pero cuyas almas las ignoran por que sólo se fijaron en el adorno.

El amor y el respeto al libro háblanos del moral concepto de los pueblos. Cuando el libro adquiera la consideración que esta ley impone a la paternidad física del niño, habremos hecho una obra de justicia. Más eso sí; no renunciemos nunca a nuestros fueros de censores, escogiendo los autores y dirigiendo las lecturas. Que el escrutinio del ama y la sobrina, el barbero y el cura en la venta donde yace Don Quijote indefensamente dormido y arropado en su lecho sean templado ejemplo y clarividente guía para arrojar a la hoguera sin rencor, pero con valentía aquellos libros cuyo contenido puedan ser nefastos para la sanidad moral de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

EL HOMBRE QUE NO HIZO NADA

Por Claudia Lars.

(A Eduardo Cataño y a Margarita Michelena)



UISO ser escultor, —como antes quiso escribir un libro de poemas, pero se quedó haciendo juguetes de madera y cuidando las plantas del jardín.

Bajo su apariencia de hombre tímido, — hombre gris, del traje a la palabra—, se escondían todos los colores que se buscan, todas las criaturas de la imaginación. ¿Por qué no tenía valor para sacar de sí mismo aquel cerrado mundo; para soltar en el aire lo que le golpeaba la frente, como un bandada de pájaros ciegos? Tal vez un miedo de trasueño le volvía incapaz de realizar la maravilla soñada; tal vez una herencia de cansancio le ponía en los hombros ese peso invisible.

“Cuando el hombre es haragán la mujer busca el pan”, dicen en la calle. Por eso la esposa trabajaba con desesperados esfuerzos de hormiga en otoño; por eso el marido recogía su vergüenza en una permanente actitud de vencido.

“¡Un infeliz que se pasa la vida haciendo monigotes y recogiendo hojas secas!” murmuraba la gente al pasar. “Si no fuera por la tienda de la señora andaría en las calles como cualquier mendigo”.

Poco a poco le convirtieron en el blanco de las burlas más crueles y como la malicia popular sabe esgrimir apodos acertadísimos, el nombre de Don Amado, —que fué tan luminoso en los días de su juventud,— se transformó risueñamente en el de Don Sentado, y hasta cayó en la guitarra del guasón.

A ratos el hombre se preguntaba con angustia por qué permanecía entre los rosales dulces y agradecidos, o desafiando a todo el mundo con aquellos muñecos inútiles. Si hubiera tenido más apego al dinero esos muñecos le habrían traído las monedas que tanto necesitaba y aquella distracción de viejo irresponsable se le habría convertido en un oficio. Pero el hombre aborrecía el reloj más que a sus pecados y se negaba a trabajar en la forma esclavizante en que trabajaban los vecinos.

Cuando alguien le sugería la idea de la pequeña industria que podía instalarse en el taller, siempre contestaba con estas palabras, que dejaban al otro como en el limbo: ¿“Industria?... No, amigo mío, no... esto es juego... Puro juego”.

Y de veras que era juego. Ganas de fijar en lo real su escondido y confuso mundo de sueños, aunque fuera en humildes figuritas de palo; ganas de mirarlo después con sus ojos atónitos, de tocarlo con sus humanos dedos, de sentirse dueño de aquellas cosas recién nacidas, entre las cuales era él, —tan incapaz— el silencioso creador.

Se creía un artista fracasado; un hombre sin esperanza, porque nunca alcanzaba su deseo. Iba como el sonámbulo, tanteándose entre los objetos externos, sin saber jamás si estaba dormido o despierto. Su patria se definía en un lugar desconocido para todos, donde no existe peso chocante ni materia de dolor. ¿Cómo explicarlo a los demás si él mismo no lo entendía bien?... Lo único que entendía para sí,— pues era la razón de su no morir—, estaba en el paso suavecito con que se dirigía cada mañana a la soledad del taller, en el temblor de su mano al tocar el candado de la puerta, en la mirada amorosa con que buscaba los instrumentos que le servían para expresar un poco su verdad interior.

A veces, en menos de un suspiro, inventaba, hacía y decoraba, un ligero carrujito de dos ruedas, que corría a lo largo de la mesa tirado por una brillante cuerda azul. En otras ocasiones perdía semanas enteras afinando la cintura de una bailarina, estilizando el salto de un atleta, buscando la carcajada del payaso. Cerraba el taller en horas de fastidio y con un resurrecto antojo de acariciar lo verde entraba en el jardín que embellecía su casita de adobe, en el jardín que olía a cielo y a siempre amor... Entonces los muñecos se iban cubriendo de polvo, pero las flores se adornaban con abejas, y también las flores salían de su sueño, como aromadas formas del sueño más hermoso.

Aunque los adultos le criticaban sin cansarse, comparando sus vidas seguras y metódicas con aquella vida desordenada y sin provecho, los niños del barrio le querían de un modo entrañable. Cuando el hombre tallaba sus muñecos o los pintaba con sus lacas preciosas, los pequeños se detenían suavemente en la quietud del taller y olvidaban el resto del mundo. ¡Quizás el juguetero se untaba las manos con saliva de duende!... ¡Quizás guardaba el secreto del Sésamo Abrete!... Con encantado asombro iban rodeando la mesa de cedro; con alegría llena de preguntas observaban su rostro enflaquecido y cada uno de sus movimientos. Y el callado juguetero, que para los vecinos pecaba de hurañez y aislamiento, se ofrecía a los niños en ternura desbordada, como el mágico hacedor de personajes nunca vistos, casi como el abuelo de la fábula.

—“Este es Gordín”, explicaba con voz insinuante. “Gordín boca de pez, con patitas de ya-me-voy... Si no hubiera devorado tantos dulces y golosinas tendría un aspecto diferente y yo no lo metería en esta caja, para que en ella esconda su barriga de comilón”.

—“Les presento a Nayo Joroba”, añadía después mostrando otro muñeco. “Es el sacristán campanero; el que llama a la misa apenas sale el sol. ¿Qué haría el cura sin sus manos serviciales? ¿Qué haría Nayo sin la casa del cura?”

—“Este es el general Veinte Sustos, que dice y repite que no conoce el miedo, y esta se llama Sor Remedios de La Calle, porque es monjita y porque cuida a los huérfanos”.

—“El que nos mira a través de esas gafas de miope es Mister Funny, ministro de la iglesia Bautista, y la pastorcita de rizos dorados tiene un nombre muy lindo y muy de pastora: Cándida Carmiña Cantaflor... Cándida quiere decir candorosa, y, por candorosa, cantadora y caminante... Porque sólo el que canta camina sin perderse, y sólo el que camina cantando encuentra la estrella de Belén”.

Su amistad con los niños le acercó a otros seres humildes y buenos, entre los cuales se sentía respetado y comprendido. Y así conoció a Pedro Piojo, que lavaba los albañales y barría las cabañerizas, a la costurera asmática, al guardián de las abejas y al muchacho que tocaba la dulzaina. Su vida se fué llenando de cariños frescos y puros, como se llena el tronco de retoños inesperados, co-

mo la sombra se va adornando de luciérnagas, como se colma la soledad de oculta y silenciosa compañía.

Aquella tarde el hombre se creyó casi feliz, a pesar de su corazón tan melancólico y de un terco dolor que padecía sin decirlo y que ya empezaba a preocuparle: un dolor que le clavaba su filo a medio costado y que se le movía en lo más hondo de las vísceras, con una violencia que le obligaba a gemir. Y se creyó feliz, porque al fin aceptaba su derrota, porque ya no perseguía ni la vida, porque entraba en la hora superfina en que se reza y se medita a la vez.

Recordó con suave nostalgia a la novia de su juventud; a la muchacha libre y generosa que al primer beso le pidió el regalo de un hijo, y la vió claramente como en aquel tremendo día, bajo las coronas de ciprés y azucenas, y con el niño sin aliento acunado en su fría rigidez. Y fué hasta en ese instante que el hombre logró comprender la virtud de sus manos de juguetero; la voluntad de instalar entre los hombres con oficio su rara manía de inventar juguetes: juguetes para un niño ciego y sin tacto; para un niño borrado del juego de los niños.

Pensó que los vecinos tenían razón de mirarle con desprecio, de burlarse de él a cada momento, de ponerle como ejemplo de holgazanería. Estaban hechos de diferente pasta y de esencia diferente, y se admiraba de haber vivido tanto tiempo entre ellos con relativa tranquilidad.

Juzgó a su mujer con ternura avergonzada, agradeciéndole el valor de haber tomado en el hogar el puesto que no le correspondía; disimuló el recuerdo de lo malo exagerando lo bueno y tragándose una lágrima que le nublaba la retina, se dirigió quedamente a un banco del jardín. (El dolor se le escondía adentro como una sierpe enroscada).

Pronto se dió cuenta de que una dalia recién abierta le miraba desde su tallo, con una dorada cara de niña. ¡Una cara fragante que sonreía al sol!... Se frotó los párpados, entre incrédulo y curioso, y sintió que la tarde se le entregaba en la sonrisa de la flor.

El grillo cantaba una canción de agosto: una canción que él entendía perfectamente, como si toda la vida hubiera hablado idioma de grillos.

—“¿Me estaré volviendo loco?”, se preguntó lleno de espanto.

—“No, le contestó con mil pulsaciones la voz del clavel; una

voz que era de fragancia y no de sonido. (El dolor empezó a estirarse debajo de su hígado...)

Preocupado por lo que le estaba ocurriendo buscó, tambaleándose, la puerta del taller. Al entrar se sentó en la sillona de cuero, frente al escaparate de los muñecos. Su mente no alcanzaba a comprender lo incomprendible, pero allí encontraba, como hechas de exacta realidad y de tangible contenido, aquellas palabras que una vez leyó en la portada de un libro: "Credo Quia Absurdum"...

Detrás del vidrio los muñecos se movían como personas vivas: Gordín rascaba su panza de goloso, el General ensayaba posturas y saludos, Nago Joroba repetía los chistes de las beatas y Cándida, la pastorcita de rizos amarillos, le miraba con una expresión de arrobamiento amoroso; una expresión que él había visto antes, no sabía cuándo ni dónde...

De repente la pastorcita empujó la puerta de vidrio, y dando un salto hacia el suelo fué creciendo a su lado con increíble rapidez. Los otros muñecos le imitaron y el taller se llenó de un rumor parecido al del huerto donde vivía el guardián de las abejas. (El dolor empezó a morderle las entrañas y a buscar el centro de su pecho).

—"Aquí está el Niño Dios", dijo Cándida señalando el pesebre bendito. "Es mi niño y también es tu niño, pero como es Dios no puede morir sin sufrir".

El juguetero comprendió que era su novia muerta la que le hablaba, aunque ahora tenía un nombre de cuento y unos rizos que él había pintado con su pincel. (Sintió que el dolor le impedía respirar y gimió doblándose sobre el lado izquierdo de la silla). La muñeca monjita se inclinó sobre él y le acarició la frente y Mister Funny, estirando la cabeza calva, sacó una biblia del gabán y leyó estos salmos, con marcado acento inglés:

"Jehová es mi pastor y nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer. Junto a ríos de reposo me pastoreará. Aunque ande en valle de sombras no temeré mal alguno. Su vara y su cayado me infundirán aliento".

Dos golpes en la puerta hicieron que el hombre levantara la cabeza. Sus amigos —los niños y los miserables— le ofrecían un regalo sorprendente: este regalo era el libro de sus poemas sin palabras, el que escribió tan sólo con letras de sueño, el que se le quedó en el alma como una luz oculta y sin fuerza. Aquí estaba al fin, completo y magnífico, entregando sus preciosas páginas y

reviviendo todos los secretos de su corazón. La fuente de sus lágrimas se abrió súbitamente, hasta alcanzar el mar de todas las sales, pero había azul en aquella corriente sin ruido, y peces que volaban como golondrinas, y velas hinchadas que decían adiós.

Escenas de jardín empezaron a cobrar extraña vida ante sus ojos y el canto del grillo sonó allí cerca, como si el cantor hubiera entrado en el taller.

“¡La oruga se come los brotes del geranio!... anunció el grillo con su alargada voz” ¡Del geranio que tú prefieres entre todos!”

“¿La oruga? ¿La que me ha dado tanta guerra nocturna? ¿La que se roba los tallos más tiernos? ¡Ya verá esa ladrona!...”

Quiso levantarse para matar a la oruga, pero el dolor se le extendió por toda la carne y sus manos se crisparon sobre sus piernas, y gotas de sudor le brotaron de cada poro.

El grillo subió al respaldo del sillón y allí le dijo, bajando un poco la voz:

“Esta noche el jazminero se vestirá de blanco y todas las rosas de tus rosales se convertirán en rosas de nieve”...

“¿Y por qué suceden cosas tan sorprendentes?” preguntó el hombre, sin despegar los labios.

“Porque hay muerto en la casa”, respondió el grillo en el cerebro del hombre.

San Salvador, 28 de febrero de 1951.

¿QUE PRETENDE EL ARTE MODERNO?

Por CARLOS A. LUNA



DEFINIR el objeto del Arte es y ha sido siempre motivo de controversias sin límite. Pensadores de todos los tiempos han dedicado libros enteros a la explicación de este ramo de las actividades humanas, sin que aún hoy día se haya llegado a una definición concreta de lo que es el Arte en sí y de su objeto en la vida del hombre.

Desde épocas primitivas se observa, más allá del mero utilitarismo —origen indudable de lo que llamamos Arte en el concepto moderno—, un impulso, una necesidad del ser humano, de poner de manifiesto su ingenio en una forma original, emotiva, propia de cada hombre, que provoque determinados sentimientos en el mayor número de sus semejantes. ¿Cuál es la causa, la razón lógica de esta necesidad creativa?

La respuesta han tratado de darla filósofos y poetas a su manera, pero sin que hayan podido encontrar ellos mismos una solución que satisfaga a la mayoría. ¿Es el Arte una manifestación divina inherente al espíritu? ¿Tiene por objeto deleitar, proyectar un mensaje a lo eterno, dar forma a una emoción? ¿Es un fenómeno social propio de los seres conscientes? ¿O es una fuerza natural, cuyo origen hay que buscar más allá de la inteligencia? Nadie puede saberlo. Pero sí podemos darnos cuenta, sin embargo, de que las circunstancias, las costumbres, las variaciones geográficas, los acontecimientos históricos, influyen de manera indudable en las manifestaciones artísticas. Y es precisamente el ar-

tista, más que la Historia, quien transmite más real y universalmente el mensaje que los hombres de cada época proyectan hacia el futuro. ¿Pudo acaso el Renacimiento aparecer más vivo, más rico en fantasía y en color, sin el pincel de un Leonardo de Vinci, de un Ticiano o un Rafael Sancio; sin la pluma genial de un Cervantes Saavedra, o la poesía casi divina de un Shakespeare o un Calderón de la Barca? ¡Qué sería de la Francia galante sin su Boucher o su Fragonard! ¡De la Holanda brumosa, sin el vigor palpitante de los cuadros de su Rembrandt, su Van Dick o su Rubens! ¿Quién si no Chopin da inmortalidad al alma torturada de Polonia, azotada por el látigo ruso? ¿No es acaso Beethoven la pasión misma de Alemania? No representan Mozart y Straus la alegría de la Austria, eterna enamorada de la vida; Dostoyewsky el dolor de la Rusia oprimida y Albéniz el propio corazón de su España? Todos ellos legaron, por medio de su Arte, el mensaje de su época a la posteridad.

Sí, todo eso se comprende, como se entiende y se admira la eterna inquietud del artista, maniatado por los convencionalismos, encadenado a la tradición por los prejuicios y la ignorancia, de buscar formas nuevas, de marcar otros rumbos y salir del sendero trillado que sólo el genio puede convertir en senda luminosa, para no caer en el olvido de las cosas intrascendentes.

Entendemos así que un Van Gogh, un Guguín, un Darío, hayan labrado su propio camino en donde todo era aspereza, incompreensión y rutina. Que en un grupo de poetas inquietos, asqueados de la moral, de la religión que los enviaba a la muerte haciéndoles la señal de la cruz, de una poesía que les hablaba de las flores, de las estrellas y los pájaros, en momentos en que sus ojos desorbitados contemplaban toda una hermosa juventud morir despedazada por los cañones, iniciara el anárquico Dadá y el movimiento surrealista que creían liberador. Comprendemos su ansia de libertad, su refugio en los sueños y en las cosas fantásticas y su rebelión contra todo lo que les hacía recordar su tortura; y no dejamos de admirarlos, aún cuando su entusiasmo los llevó más allá de lo que previeron y el mundo se atiborró de farsantes.

Para nosotros un Bretón, un Baudelaire, un Dalí, ocupan lugar de honor en el Arte y no dejamos de admirar a un Degás o a un Picasso, cuando éste no era aún el cínico creador de hierros retorcidos y vasijas informes. Pero no podemos, sin embargo, encontrar un mensaje, descubrir una emoción, latir un impulso vital, en

la abrumadora creación artística actual. ¿Qué sensación nos dejan, sino de asco, de incompreensión, o si acaso de asombro, esas figuras absurdas que atiborran los museos de Arte Moderno? ¿Qué elevación espiritual, qué reflejo del alma del artista, nos produce la poesía del presente, alambicada, disonante, con su lenguaje rebuscado y su complejo cerebralismo?

Es indudable que esa prisa por producir, por eludir el estudio, por devorar el tiempo y crear obras originales, sin tomar en cuenta el espíritu, el profundo sentido de la Naturaleza, lleva a las generaciones artísticas de nuestra época al caos. ¿Qué dejarán al futuro estos creadores de jeroglíficos, estos ilusos buscadores de "Arte Puro"?

Si algún mensaje pueden encontrar los hombres del mañana, será el de un tremendo desconcierto, una incertidumbre pavorosa, un apartamiento inconcebible de la Naturaleza y un miedo a la vida que no se puede explicar, sino por la influencia desconcertante de una civilización que se desmorona.

Cada día surgen como por encanto los nuevos mesías, los creadores adocenados de malabarismos cerebrales, ahondando más el abismo, ebrios de egolatría, ostentando su impúdico amor a los falsos ídolos y su desprecio por la Naturaleza. La crítica los ensalza y los fariseos los admiran, y el Arte se prostituye, se comercializa y se pone a las órdenes del mejor postor.

Se constituye el Arte proletario y el Arte capitalista, se admira más una creación cuanto más estridente y desarmoniosa es y, consciente o inconscientemente las nuevas generaciones van al caos con descontrol de aerolitos.

¿Hasta cuándo terminará esta locura? ¿Cuándo surgirá un Mesías que, limpio de toda mancha lleve al redil al Arte descarriado?

Quizás la guerra despiadada que se cierne en el horizonte sea el principio de la regeneración. Será una prueba dura, una experiencia terrible para los hombres, pero es posible que tras ella, más sincero consigo mismo, más en armonía con la Naturaleza, el artista que es el vocero de Dios en la tierra, vuelva a encontrar su verdadero camino.

Nadie puede desear sin embargo un remedio tan drástico. La humanidad merece más respeto. Pero si para salvar el Arte, y con él la conciencia del mundo, es necesaria su destrucción, repitamos como Julio César: ALEA JACTA EST.

¡Y que se salve el Arte!

ANUARIO BIBLIOGRAFICO SALVADOREÑO Año 1950

POR MATERIAS

ADMINISTRACION PUBLICA

El Salvador-Centro Nacional de Agronomía.

Informe de las labores del Centro Nacional de Agronomía durante el año de 1949. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

95 p. 24 cm. (Publicaciones del Ministerio de Agricultura y Ganadería).

El Salvador-Consejo de Gobierno Revolucionario.

Proyecto hidroeléctrico del Río Lempa. Breve historia de su planificación y financiamiento. N° 7. San Salvador, Secretaría de Información, 1950.

63 p. 25 cm.

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos.

Informe sobre la conveniencia de introducir mejoras en la organización del Gobierno de El Salvador. Public Administration Service. Ministerio de Economía. San Salvador, (Redit. Ahora) 1950.

74 p. 25 cm.

El Salvador-Leyes Estatutos.

Ley única del régimen político y ley del ramo municipal. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

75 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador-Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

Gestión desarrollada en Trabajo y Previsión Social de diciembre de 1948 a abril de 1950. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

329 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Gobierno de El Salvador-Poder Ejecutivo.

La Unión-Alcaldía Municipal.

Memoria de las labores desarrolladas por la Municipalidad de La Unión, durante el año de mil novecientos cuarenta y nueve. San Salvador, Tipografía La Unión, 1950.

24 p. 24 cm.

ANAQUELES

77

Larde y Larín, Jorge.
Recopilación de leyes relativas a la Historia de los Municipios de El Salvador. Edición del Ministerio del Interior. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

459 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Jorge Lardé y Larín.

AGRICULTURA

Compañía Salvadoreña de Café, S. A., San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1º de octubre de 1949 al 30 de septiembre de 1950, presentada por la Junta Directiva, a la Junta General de Accionistas el 15 de noviembre de 1950. Octavo ejercicio. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

32 p. 23 cm.

Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1º de noviembre de 1949, hasta el 31 de octubre de 1950, presentada por la Junta Directiva a la Junta General ordinaria de Accionistas el 19 de noviembre de 1950. Noveno ejercicio. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

36 p. 25 cm.

El Salvador-Centro Nacional de Agronomía.

Progreso técnico de la Agricultura durante 1950. Informe de las labores del Centro Nacional de Agronomía durante el año de 1950. Publicaciones del Ministerio de Agricultura y Ganadería. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

130 p. ilus. 23 cm.

Federación Cafetalera Centro América-México, San Salvador.

Pacto Constitutivo. Estatutos con sus enmiendas y Reglamento Interno. San Salvador. Ed. "Casa de la Cultura", 1950.

24 p. 15 cm.

Hernández Zúniga.

Principios básicos para el control de insectos del algodón en El Salvador. (Resumen de las observaciones de la temporada 1949-1950), por Hernández Zúniga, Entomólogo. San Salvador, (Talleres Gráficos Cisneros), 1950.

35 p. 22 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones de la Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda.

ALMANAQUES

El Salvador - Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador.

Almanaque Salvadoreño. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.
123 p. 19 cm.

ARTE Y CIENCIAS MILITARES

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Conferencias Militares. Homenaje a la Revolución del 14 de diciembre de 1948. San Salvador, El Salvador, Centro América, Imprenta Nacional, 1950.

118 p. 18 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército.

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Anuario del Ejército Nacio-

nal. 1950. Departamento del personal, Ministerio de Defensa. Figura el movimiento de Jefes y Oficiales en los escalafones hasta el 31 de diciembre de 1950. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

55 p. 25 cm.

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Reglamento para el servicio militar de barrio y cantón en la República. San Salvador. (Imp. Nacional), 1950.

16 p. 16 cm.

BANCOS

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos.

Informe sobre reorganización del Banco Hipotecario de El Salvador. Presentado por Rufus R. Clarke, Farm Credit Administration, Estados Unidos de América. Sobretiro de la Revista de Economía de El Salvador, Tomo I-1950. San Salvador, (Edit. Ahora). 1950.

15 p. 25 cm.

BENEFICENCIA

Rotary Club-Santa Ana.

18ª Conferencia Rotaria Centroamericana - Panameña. Distrito 110. Anfitrión: Rotary Club de Santa Ana. Días: jueves 4, viernes 5, sábado 6 y domingo 7 de mayo de 1950. Santa Ana, El Salvador, Tipografía Comercial, 1950.

8 p. Retr. 21 cm.

Rotary Club-Santa Ana.

Memoria de la XVIII Conferencia del Distrito 110 de Rotary International (Centro América y Panamá) celebrada en la ciudad de Santa Ana, El Salvador del 4 al 7 de mayo de

1950. Santa Ana, El Salvador, Tipografía Comercial, 1950.

68 p. 25 cm.

Sociedad Benéfica Femenina-San Salvador.

Memoria de las labores llevadas a cabo por la Sociedad Benéfica Femenina en el año social de 1950. San Salvador, (Tipografía La Unión) 1950.

8 p. ilus. 23 cm.

Sociedades de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl. San Salvador.

Memoria de las Sociedades de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl. Establecidas en la República de El Salvador. Ejercicio 1949. San Salvador, Tipografía La Unión, 1950.

54 p. 24 cm.

BIOGRAFIA

Guerra Trigueros, Alberto.

Homenaje. Ediciones "Amigos de la Cultura" San Salvador (Imp. Funes) 1950.

69 p. 24 cm.

Lemus, José María.

Simón Bolívar, Libertador Capitán de la Cordillera Blanca. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

37 p. ilus. 19 cm.

A la cabeza del título: Teniente Coronel José María Lemus.

BOTANICA

Guzmán, David Joaquín. 1845-1927.

Especies útiles a la flora salvadoreña. Médico-Agrícola-Industrial. Con aplicación a la medicina, farmacia, agricultura, artes, industrias y comer-

cio. 2ª ed. San Salvador, Imprenta Nacional, s. f.

691 p. 25 cm.

Con un anexo biográfico del autor.

CIENCIAS SOCIALES EN GENERAL

Magaña Menéndez, Gustavo. Estudios Sociales, Políticos y Económicos. (Homenaje póstumo). San Salvador, El Salvador, C. A., Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

149 p. retr. 22 cm.

CONSTRUCCION

Chica, Luis Alonso.

La Constructora, S. A., Compañía de seguros y construcciones. Su origen. Labor realizada en los primeros meses de su existencia. Grandes perspectivas para el futuro, por el Dr. Inf. Luis Alonso Chica. San Salvador, Editorial Helios, 1950.

3 h. 22 p. 21 cm.

DERECHO CONSTITUCIONAL

El Salvador-Consejo de Gobierno Revolucionario.

Mensaje del Consejo de Gobierno Revolucionario a la Asamblea Nacional Constituyente, 1º de Septiembre de 1950. (San Salvador, Imp. Nacional) 1950.

93 p. 19 cm.

El Salvador-Constitución.

Constitución Política de la República de El Salvador. San Salvador (La Tribuna-Editores) 1950.

36 p. 21 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones de Tribuna Libre.

El Salvador-Constitución.

Constitución Política de la República de El Salvador. San Salvador, editado por la Secretaría de Información de la Presidencia de la República, 1950. 45 p. 19 cm.

A la cabeza del título: Asamblea Nacional Constituyente.

El Salvador-Ministerio del Interior.

Clave postal telegráfica. Para uso de las oficinas postales en el servicio de valores declarados. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

12 p. 23 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador-Ministerio del Interior.

Memoria de la gestión administrativa desarrollada por el Ministerio del Interior. Presentada ante la Honorable Asamblea Nacional Constituyente por el Señor Ministro del Ramo Teniente Coronel José María Lemus. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

115 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Ministerio del Interior (Ramo de Gobernación).

DERECHO. LEGISLACION

El Salvador - Leyes - Estatutos.

Ley de impuesto sobre exportación de café. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

11 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

Escobar, Juan Benjamín.
Cuestiones prácticas de jurisprudencia penal y civil. II volumen. San Salvador. (Ed. Nosotros) 1950.

115 p. 26 cm.

A la cabeza del título: Juan Benjamín Escobar, ex-Decano de la Facultad de Jurisprudencia y CC. SS.

ECONOMIA POLITICA

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos.

El Crédito Agrícola en El Salvador. Informe presentado por Francisco Aquino, Raymond Etchats y Alfonso Rochac. Grupo de trabajo de la Comisión Económica para la América Latina y la Organización para la Alimentación y la Agricultura en las Naciones Unidas. Sobretiro de la "Revista de Economía de El Salvador". Tomo I — 1950. San Salvador (Editorial Ahora) 1950.

76 p. 25 cm.

El Salvador-Leyes-Estatutos. Ley Agraria. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

114 p. 18 cm.

El Salvador-Ministerio de Agricultura.

Producción de arroz en El Salvador, por Ford M. Milam y Jesús M. Argueta. Departamento de Agronomía. San Salvador (Edit. Ahora) 1950.

15 p. ilustr. 24 cm.

Federación de Cajas de Crédito.

Memoria. Ejercicio 1949-1950. San Salvador (Editorial Ahora, s. f.).

21 p. 21 cm.

A la cabeza del título: Sistema del Crédito Rural.

Unión Panamericana-Washington.

La vivienda en El Salvador. Análisis del problema con recomendaciones para un programa nacional de vivienda. Publicación autorizada por cortesía del Gobierno de El Salvador y del Public Administration Service. Washington, D. C., Sección de Vivienda y Planificación, División de Asuntos social y de trabajo, 1950.

2 h. 36 p. ilustr. 25 cm.

ENSEÑANZA. EDUCACION

Colegio "García Flamenco". San Salvador-Sociedad de Ex-alumnos.

Ante-proyecto de estatutos de la Sociedad de Ex-alumnos del Colegio García Flamenco. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

23 p. 25 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal.

Programas de Educación Primaria (Primer Grado) San Salvador (Editorial Casa de la Cultura) 1950.

23 p. 18 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal.

Programas de Educación Primaria. (Segundo Grado). San Salvador (Editorial Casa de la Cultura) 1950.

20 p. 17 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal.

Programas de Educación Primaria. (Tercer Grado) San Salvador (Editorial Casa de la Cultura) 1950.

20 p. 17 cm.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Creación del Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos. San Salvador, (Talleres Gráficos Cisneros). 1950.

8 p. 19 cm.

El Salvador-Ministerio de Cultura.

Navidad. San Salvador, El Salvador, C. A. Editorial Casa de la Cultura, 1950.

100 p. 18 cm. (Biblioteca del Pueblo).

A la cabeza del título: Ediciones del Ministerio de Cultura.

El Salvador-Universidad de El Salvador, San Salvador.

Memoria. 1948. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

2 h. 141 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

El Salvador-Universidad de El Salvador, San Salvador.

Memoria. 1949. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

141 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

Flores, Saúl

Lecturas nacionales de El Salvador, 5ª ed. San Salvador (Imprenta Nacional) 1950.

288 p. ilustr. Retr. 23 cm.

A la cabeza del título: Colección "Simiente".

Flores, Saúl

Madre América. Lecturas Americanas. San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura", 1950.

254 p. ilustr. 24 cm.

A la cabeza del título: Colección "Simiente" Volumen III.

Instituto El Salvador-San Salvador.

Prospecto. Instituto "El Salvador". Centro de Enseñanzas técnicas de Comercio y Hacienda: Contador, Tenedor de Libros, Secretario Comercial y Oficinista. Educación Secundaria. Director José María Estrada. Secretario: Joaquín E. Granillo. Administrador: Salvador Ferrufino. San Salvador (Editorial A h o r a) 1950.

19 p. ilustr. 23 cm.

Liceo Cultura-San Salvador.

Per aspera ad astra. 1950 el décimo año de sus labores. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

20 p. ilustr. 23 cm.

Lobo, Ceferino Enrique

Lecciones de Castellano para el primer curso de Enseñanza Secundaria (Plan Básico) Adaptables al primer curso de Tenedor de Libros, Oficinista, Técnico-Oficinista, etc., por Ceferino E. Lobo. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

96 p. 25 cm.

Masferrer, Alberto.

Leer y escribir. La cultura por medio del libro. Ediciones del Ministerio del Interior. II. San Salvador, El Salvador, C. A., 1950.

92 p. 19 cm.

Meyer, Rodolfo

Cartograma elemental centroamericano. Adaptado a los nuevos programas de ense-

ñanza primaria. 3^a ed., por el profesor Rodolfo Meyer. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

1 h. 27 p. ilus. (Maps) 25 cm.

A la cabeza del título: Continente Americano. Centro América.

Noyola, Gustavo Adolfo

Apuntes de Civismo. Primer curso Plan Básico, recopilaron los anteriores apuntes: Dr. Gustavo Adolfo Noyola, Profesor Roberto Hernández. Santa Ana, El Salvador, Tipografía Comercial, 1950.

111 p. 19 cm.

Pérez h., Tránsito Ricardo.

Opúsculo de Geografía Universal. (Asignatura del 3er. Curso de CC. y LL. (P. B.) y material adaptado a la educación primaria) San Salvador, Tipografía Exito, 1950.

50 p. 24 cm.

Sermeño, J. Arnoldo.

Apuntes de Geografía para 3er. Curso, por J. Arnoldo Sermeño. San Salvador, Talleres Tribuna Libre, 1950.

2 h., 176 p. 18 cm.

Taboada, J. Napoleón.

Biología. Primer año. Desarrollo del Programa del Plan Básico en vigencia, por J. Napoleón Taboada. 1^a ed. San Salvador, Edit. Ahora. 1950.

2 h., 107 p. ilus. 25 cm.

ESTADISTICA

El Salvador-Dirección General de Estadística.

Anuario estadístico del comercio exterior e interior de la República de El Salvador,

correspondiente a 1948. Tomo II (Sección de Comercio Exterior e Interior). San Salvador, El Salvador, C. A., Imprenta Nacional, 1950.

420 p. 25 cm.

El Salvador-Dirección General de Estadística.

Anuario estadístico de la República de El Salvador, correspondiente al año de 1948. Tomo I (Sección Demográfica y Judicial) San Salvador, C. A. Imprenta Nacional, 1950.

299 p. 25 cm. 37 h. dobls.

Tomo II: Sección del Comercio Exterior e Interior.

420 p. 2 h. dobls.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio de Economía.

FILOSOFIA

Galindo Pohl, Reynaldo.

Notas de Filosofía. Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Reynaldo Galindo Pohl. Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. San Salvador (Ed. Ahora) 1950.

231 p. 28 cm.

A la cabeza del título. Universidad Autónoma de El Salvador.

GEOGRAFIA Y VIAJES

Ajuria, Salvador.

Elementos de Geografía Biológica. Adaptada a los programas del 2^o Curso del Plan Básico o de Cultura General. San Salvador (Tip. La Unión) 1950.

99 p. 21 cm.

Valiente, Leticia.
Impresiones de mi viaje a Europa en 1950. Santa Ana, El Salvador, Imprenta Gutenberg. 1950.
113 p. 19 cm.

GEOLOGIA

El Salvador - Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador.

Anales del Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

124 p. 36 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio de Cultura Popular.

HISTORIA

García, Miguel Angel.

Diccionario histórico-enciclopédico de la República de El Salvador. (Tomo doce, 1ª edic.) San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

585 p. 25 cm (CAS-COL)

A la cabeza del título: Miguel Angel García.

Lardé y Larín, Jorge.

Orígenes de la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate. Trabajo premiado en 1948, con medalla de oro en el concurso "José María Peralta Lagos". San Salvador, Editorial Casa de la Cultura, 1950.

15 p. 24 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Orígenes del Convento de Santo Domingo de San Salvador. San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura", 1950.

27 p. 24 cm.

Lardé y Larín, Jorge.
Orígenes del periodismo en El Salvador. (San Salvador, Tipografía La Unión) 1950.
158 p. 18 cm.

IMPRESA

Tipografía Ungo, San Salvador, ed.

El corrector en la imprenta. Nº V. San Salvador, C. A., Tip. Ungo, 1950.

7 p. 17 cm.

Tipografía Ungo, San Salvador.

Vocabulario de las Artes Gráficas. Nº VIII. Publicaciones técnico-educativas de la Tipografía Ungo. San Salvador. (Tip. Ungo) 1950.

144 p. 17 cm.

INGENIERIA

El Salvador-Ministerio del Interior.

Reseña Histórica de la inauguración de la Estación Inalámbrica "Venustiano Carranza", 1917-1950. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

63 p. retrs. 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

Leistenschneider, Werner.

Tablas y datos técnicos para el instalador electricista, por Werner Leistenschneider. San Salvador, Imprenta La Idea, 1950.

54 p. 21 cm. (Biblioteca del Electricista).

INSTITUCIONES CIENTÍFICAS DE CARACTER GENERAL

El Salvador - Universidad.

Instituto de Investigaciones Tropicales.

Anuario del Instituto Tropical de Investigaciones Científicas. Tomo I. San Salvador, (Ed. Ahora) 1950.

193 p. ilus. 23 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

LITERATURA

Alas García, José.

Anotaciones de Literatura. Cuarto Curso CC. y LL. San Salvador, (Ed. Ahora) 1950.

210 p. 19 cm.

Alvarado, Gustavo.

Chamizas. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

237 p. 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército.

Castro Ramírez, Francisco J.

Espigando. Principales discursos de Mons. Dr. Francisco J. Castro Ramírez, en sus bodas argentinas sacerdotales. San Salvador, (Imp. Funes) 1950.

260 p. retr. 21 cm.

Cotto, Juan.

Cantos de la tierra prometida. (Poesías). 2ª ed. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

119 p. 20 cm.

Escobar Velado, Oswaldo.

10 sonetos para 1000 y más obreros. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

24 p. 20 cm.

Espinoza, Francisco.

Literatura Universal y Etimologías. San Salvador. (Edit. Ahora) 1950.

272 p. 20 cm.

A la cabeza del título: Francisco Espinoza y J. Adolfo Peña.

Gallegos Valdés, Luis.

Rasgos sobre Balzac y su obra. San Salvador, El Salvador, Centro América, Editorial La Tribuna, 1950.

16 p. 19 cm.

Gamero, Antonio.

Bajo el temblor de Dios. Homenaje a la Revolución del 14 de diciembre de 1948. (San Salvador, Imprenta Nacional) 1950.

P. variada, 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército. Organó Oficial del Ministerio de Defensa.

García, Sergio Ovidio.

Tierra negra. (Cuentos). Chalchuapa (El Salvador) Imprenta La Idea, 1950.

105 p. 22 cm.

González del Río, Joaquín.

Abanicos de lluvia y de silencio. Poemas líricos. San Salvador (Edit. Ramírez) 1950.

20 p. 16 cm.

Hubbard, Elbert.

Un mensaje a García. No. VI. San Salvador, C. A., Tipografía Ungo, 1950.

13 p. 17 cm.

Lindo, Hugo.

Libro de Horas. Poesías. (Premio Centroamericano "15 de Septiembre", Guatemala, 1947). 2ª ed. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

148 p. 20 cm. (Biblioteca Universitaria, Vol. XIX).

Ramírez, Miguel Angel.
Algunos cuentos. Homenaje a la revolución del 14 de Diciembre de 1948. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

55 p. 18 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército, Organó Oficial del Ministerio de Defensa.

Rodríguez Ruiz, Napoleón.
Jaraguá. Novela de las costas de El Salvador. San Salvador, Ed. Universitaria. Edit. Ahora, 1950.

366 p. 22 cm.

Toruño, Juan Felipe.

El Introversismo en poesta. Enfoque - Sondeo - Cotejo - Fondo - Claves (Ensayo). San Salvador, El Salvador, C. A. (Tip. La Unión-Dutriz Hnos). 1950.

19 p. 23 cm.

Viera Altamirano, Napoleón.
Mediodía en México. (Ser y acæcer). San Salvador, Imprenta El Diario de Hoy. (s. f.)

92 p. 21 cm.

MEDICINA-FARMACIA

Abullarade Ganem, José Antonio.

Estudio de la Biopsia Hepática. Tesis doctoral presentada por José Antonio Abullarade Ganem. San Salvador, (Ed. Ahora) 1950.

58 p. ilus. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Medicina.

Colegio Médico de El Salvador-San Salvador.

Proyecto de Arancel Médi-

co-quirúrgico. Elaborado por una comisión del Colegio Médico de El Salvador. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

16 p. 22 cm.

Congreso Centroamericano de Venereología, 3º - San Salvador, 1950.

Memoria del Tercer Congreso Centroamericano de Venereología. Del 4 al 7 de mayo de 1950. Salón de Actos de la Dirección General de Sanidad. San Salvador, El Salvador, C. A., Ed. "Casa de la Cultura", 1950.

275 p. 23 cm.

El Salvador-Dirección General de Sanidad.

Segundo Congreso Sanitario Nacional. San Salvador, El Salvador, C. A. 1º al 3 de Diciembre de 1950. San Salvador, Tipografía Ungo, 1950.

(102 p.) ilus. 34 cm.

Lemus, Concha.

El carao. (Cassia grandis linn). Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Concha Lemus. Facultad de Química y Farmacia. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

44 p. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

Mata Gavidia, Carlos.

Breve estudio sobre los Polietilén Glicoles y sus aplicaciones en Farmacia. Tesis presentada en el doctoramiento público por el Br. Carlos Mata Gavidia. San Salvador (s. e.) 1950.

24 p. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Química y Farmacia.

Menéndez, Pedro.

La Brucelosis en la República de El Salvador, por el Dr. Pedro Menéndez, Jefe del 3er. Servicio de Medicina del Hospital Rosales. (San Salvador, El Salvador, C. A.) Universidad Autónoma de El Salvador, 1950.

4 h. 68 p. 22 cm. (Biblioteca Universitaria, Volumen XVII).

Unión Farmacéutica de El Salvador-San Salvador.

Memoria de los trabajos desarrollados por la Junta Directiva de la Unión Farmacéutica de El Salvador, durante el período comprendido entre el 27 de febrero de 1948 al 28 de febrero de 1950. San Salvador, Tipografía La Unión, 1950.

1 h. 29 p. 21 cm.

MISCELANEA

Ramírez Sacasa, Francisco. Lobreguez de medio siglo. Revelat profunda de tenebris. Por Francisco Ramírez Sacasa. Santa Ana, El Salvador, Imprenta Gutenberg, 1950.

4 h. 126 p. 18 cm.

MORAL ETICA

Alvarado, Gustavo.

El alma de la patria. Publicaciones del Boletín del Ejército, órgano oficial del Ministerio de Defensa. San Salvador, (Imp. Nacional) 1950.

140 p. 18 cm.

ANAQUELES

Masferrer, Alberto.

El dinero maldito, por Alberto Masferrer. Ediciones del Ministerio del Interior. San Salvador, El Salvador, C. A., 1950.

5 h. 80 p. ilus. 19 cm.

PALEONTOLOGIA

Lardé y Larín, Jorge.

Paleontología Salvadoreña. (San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura") 1950.

11 p. 25 cm.

POLITICA

Asencio Menéndez, José.

Declaraciones Políticas del Coronel José Asencio Menéndez, Jefe del Partido Acción Renovadora. San Salvador, (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

16 p. 19 cm.

El Salvador-Leyes Estatutos.

Ley Transitoria Electoral. Convocatoria de elecciones de diputados a la Asamblea Nacional Constituyente y de Presidente de la República. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

56 p. 17 cm.

Partido Acción Renovadora-San Salvador.

Partido Acción Renovadora informa al Pueblo Salvadoreño. Campaña Electoral 1949-1950. San Salvador, (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

82 p. 22 cm.

Partido Revolucionario de Unificación Democrática-San Salvador.

Discursos históricos. PRUD.
Publicaciones del Partido Re-
volucionario de Unificación
Democrática. San Salvador, El
Salvador, C. A. (s. e.) 1950.
32 p. 19 cm.

Partido Revolucionario de
Unificación Democrática-San
Salvador.

El Proceso electoral en la
campana de 1950. San Salva-
dor, Editorial Ahora, 1950.

62 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Pu-
blicaciones del PRUD.

Tercero, Rafael Antonio.

La verdad sobre las eleccio-
nes de marzo de 1950. (Docu-
mentos para la historia). San
Salvador, El Salvador, C. A.,
Imprenta La República, 1950.

72 p. 22 cm.

PRODUCCION DE RIQUEZAS

Instituto Tecnológico de Il-
linois. Armour Research
Foundation.

Estudio tecnológico prelimi-
nar para el desarrollo indus-
trial de El Salvador. San Sal-
vador (Ed. Ahora) 1950.

85 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Ins-
tituto de Estudios Económi-
cos.

RELIGION

Ahuachapán, El Salvador-
(Iglesia Bautista).

Estatutos de la primera I-
glesia Bautista de Ahuacha-
pán. San Salvador, Tip. Cul-
tura, 1950.

11 p. 16 cm.

TRABAJO Y TRABAJADORES

International Railways of
Central America-San Salva-
dor.

Reglamento Interno de tra-
bajo. San Salvador, Editorial
Ahora. (1950).

39 p. 18 cm.

Talleres "San Francisco"-
San Salvador.

Reglamento Interno de Tra-
bajo del Taller "San Francis-
co" de don Benjamín Sol Mi-
llet. San Salvador, El Salva-
dor, C. A., (s. e.) 1950.

34 p. 20 cm.

Fábrica de aceites "El Do-
rado".-San Salvador.

Reglamento interno de tra-
bajo de la Fábrica de Aceites
"El Dorado". San Salvador,
Imprenta La Idea, 1950.

7 p. 22 cm.

Por Autores

Abullarade Ganem, José Antonio.

Estudio de la Biopsia Hepática. Tesis doctoral presentada por José Antonio Abullarade Ganem. San Salvador. (Ed. Ahora) 1950.

58 p. ilus. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Medicina.

Ahuachapán - El Salvador (Iglesia Bautista).

Estatutos de la Primera Iglesia Bautista de Ahuachapán. San Salvador, Tip. Cultura, 1950.

11 p. 16 cm.

Ajuria, Salvador.

Elementos de Geografía Biológica. Adaptada a los programas del 2º Curso del Plan Básico o de cultura general. San Salvador, (Tip. "La Unión") 1950.

99 p. 21 cm.

Alas García, José.

Anotaciones de Literatura. Cuarto Curso CC. y LL. San Salvador (Ed. Ahora) 1950.

210 p. 19 cm.

Alvarado, Gustavo.

El alma de la patria. Publicaciones del Boletín del Ejército, órgano oficial del Minis-

terio de Defensa. San Salvador (Imp. Nacional) 1950.

140 p. 18 cm.

Alvarado, Gustavo.

Chamizas. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

237 p. 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército.

Asencio Menéndez, José.

Declaraciones Políticas del Coronel José Asencio Menéndez, Jefe del Partido Acción Renovadora. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

16 p. 19 cm.

Castro Ramírez, Francisco J.

Espigando. Principales discursos de Mons. Dr. Francisco J. Castro Ramírez, en sus bodas argentinas sacerdotales. San Salvador (Imp. Funes) 1950.

260 p. ret. 21 cm.

Colegio "García Flamenco"-San Salvador-Sociedad de Ex-alumnos.

Ante-proyecto de estatutos de la Sociedad de Ex-alumnos del Colegio García Flamenco. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

23 p. 25 cm.

Colegio Médico de El Salvador-San Salvador.

Proyecto de Arancel Médico-quirúrgico. Elaborado por una comisión del Colegio Médico de El Salvador. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

16 p. 22 cm.

Compañía Salvadoreña de Café, S. A. San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1º de octubre de 1949 al 30 de septiembre de 1950, presentada por la Junta Directiva, a la Junta General de Accionistas, el 15 de noviembre de 1950. Octavo ejercicio. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

32 p. 23 cm.

Congreso Centroamericano de Venereología, 3º-San Salvador, 1950.

Memoria del Tercer Congreso Centroamericano de Venereología. Del 4 al 7 de mayo de 1950. Salón de Actos de la Dirección General de Sanidad. San Salvador, El Salvador, C. A., Edit. "Casa de la Cultura", 1950.

275 p. 23 cm.

Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda. San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1º de noviembre de 1949, hasta el 31 de octubre de 1950. Presentada por la Junta Directiva a la Junta General ordinaria de Accionistas el 19 de noviembre de 1950. Noveno ejercicio. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

36 p. 25 cm.

Cotto, Juan.

Cantos de la tierra prometida. (Poesías). 2ª ed. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

119 p. 20 cm.

Chica, Luis Alonso.

La Constructora, S. A. Compañía de Seguros y construcciones. Su origen. Labor realizada en los primeros meses de su existencia. Grandes perspectivas para el futuro, por el Dr. Inf. Luis Alonso Chica. San Salvador, Editorial Helios, 1950.

3 h., 22 p. 21 cm.

El Salvador-Centro Nacional de Agronomía.

Informe de las labores del Centro Nacional de Agronomía durante el año de 1949. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

95 p. 24 cm. (Publicaciones del Ministerio de Agricultura y Ganadería).

El Salvador-Centro Nacional de Agronomía.

Progreso técnico de la Agricultura durante 1950. Informe de las labores del Centro Nacional de Agronomía durante el año de 1950. Publicaciones del Ministerio de Agricultura y Ganadería. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

130 p. ilustr. 23 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal.

Programas de Educación Primaria (Primer Grado). San Salvador (Editorial Casa de la Cultura) 1950.

23 p. 18 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal.

Programas de Educación Primaria. (Segundo Grado). San Salvador (Editorial "Casa de la Cultura") 1950.
20 p. 17 cm.

El Salvador-Consejo de Educación Primaria y Normal. Programas de Educación Primaria. (Tercer Grado). San Salvador (Editorial "Casa de la Cultura") 1950.
20 p. 17 cm.

El Salvador-Consejo de Gobierno Revolucionario. Mensaje del Consejo de Gobierno Revolucionario a la Asamblea Nacional Constituyente. 1º de Septiembre de 1950. (San Salvador, Imp. Nacional) 1950.
93 p. 19 cm.

El Salvador-Consejo de Gobierno Revolucionario. Proyecto Hidro-eléctrico del río Lempa. Breve historia de su planificación y financiamiento. N° 7. San Salvador, Secretaría de Información, 1950.
63 p. 25 cm.

El Salvador-Constitución. Constitución Política de la República de El Salvador. San Salvador (La Tribuna-Editores). 1950 .
36 p. 21 cm.
A la cabeza del título: Publicaciones de Tribuna Libre.

El Salvador-Dirección General de Estadística. Anuario estadístico del comercio exterior e interior de la República de El Salvador, correspondiente a 1948. Tomo II (Sección del comercio exterior e interior). San Salva-

dor, El Salvador, C. A., Imprenta Nacional, 1950.
420 p. 25 cm.

El Salvador-Dirección General de Estadística. Anuario estadístico de la República de El Salvador, correspondiente al año de 1948. Tomo I (Sección Demográfica y Judicial). San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.
299 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio de Economía.

El Salvador-Dirección General de Sanidad. Segundo Congreso Sanitario Nacional. San Salvador, El Salvador, C. A.—3 de diciembre de 1950. San Salvador, Tipografía Ungo.
(102 p.) ilus. 34 cm.

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos. El crédito agrícola en El Salvador. Informe presentado por Francisco Aquino, Raymond Etchats y Alfonso Rochac. Grupo de trabajo de la Comisión Económica para la América Latina y la Organización para la Alimentación y la Agricultura en las Naciones Unidas. Sobretiro de la "Revista de Economía de El Salvador". Tomo I - 1950. San Salvador (Editorial Ahora). 1950.
76 p. 25 cm.

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos. Informe sobre reorganización del Banco Hipotecario de El Salvador. Presentado por Rufus R. Clarke, Farm Credit Administration, Estados Unidos de América. Sobretiro

de la Revista de Economía de El Salvador, Tomo I - 1950. San Salvador (Edit. Ahora) 1950.

15 p. 25 cm.

El Salvador-Instituto de Estudios Económicos.

Informe sobre la conveniencia de introducir mejoras en la organización del gobierno de El Salvador. Public Administration Service. Ministerio de Economía. San Salvador (Edit. Ahora) 1950.

74 p. 25 cm.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Creación del Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos. Ministerio de Cultura, Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

8 p. 19 cm.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Constitución Política de la República de El Salvador. San Salvador, Editado por la Secretaría de Información de la Presidencia de la República, 1950.

45 p. 19 cm.

A la cabeza del título: Asamblea Nacional Constituyente.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Ley Agraria. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

114 p. 18 cm.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Ley de impuestos sobre la exportación de café. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

11 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Ley Transitoria electoral. Convocatoria de elecciones de diputados a la Asamblea Nacional Constituyente y de Presidente de la República. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

56 p. 17 cm.

El Salvador-Leyes, Estatutos.

Ley única del régimen político y ley del ramo municipal. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

75 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador-Ministerio de Agricultura.

Producción de arroz en El Salvador, por Ford M. Milam y Jesús M. Argueta. Departamento de Agronomía. (San Salvador, Editorial Ahora). 1950.

15 p. ilustr. 24 cm.

El Salvador-Ministerio de Cultura.

Navidad. San Salvador, El Salvador, C. A., Editorial Casa de la Cultura, 1950.

100 p. 18 cm. (Biblioteca del Pueblo).

A la cabeza del título: Ediciones del Ministerio de Cultura.

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Anuario del Ejército Nacional. 1950. Departamento del personal, Ministerio de Defensa. Figura el movimiento de

Jefes y Oficiales en los escalafones hasta el 31 de diciembre de 1950. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

55 p. 18 cm.

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Conferencias Militares. Homenaje a la Revolución del 14 de diciembre de 1948. San Salvador, El Salvador, Centro América, Imprenta Nacional, 1950.

118 p. 18 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército.

El Salvador-Ministerio de Defensa.

Reglamento para el servicio militar de Barrio y cantón en la República. San Salvador (Imp. Nacional) 1950.

16 p. 16 cm.

El Salvador-Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

Gestión desarrollada en Trabajo y Previsión Social de diciembre de 1948 a abril de 1950. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

329 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Gobierno de El Salvador, Poder Ejecutivo.

El Salvador-Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

Recopilación de Leyes y Reglamentos sobre trabajo y seguridad social. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

298 p. 18 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

El Salvador-Ministerio del Interior.

Clave postal telegráfica. Para uso de las oficinas postales en el servicio de valores declarados. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

12 p. 23 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador-Ministerio del Interior.

Memoria de la gestión administrativa desarrollada por el Ministerio del Interior. Presentada ante la Honorable Asamblea Nacional Constituyente por el señor Ministro del ramo Teniente Coronel José María Lemus. San Salvador, Imprenta Nacional, 1950.

115 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Ministerio del Interior (Ramo de Gobernación).

El Salvador-Ministerio del Interior.

Reseña Histórica de la inauguración de la Estación Inalámbrica "Venustiano Carranza", 1917-1950. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

63 p. retrs. 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio del Interior.

El Salvador - Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador.

Almanaque Salvadoreño. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

123 p. 19 cm.

El Salvador - Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador.

Anales del Observatorio Nacional Meteorológico de San Salvador, Centro Améri-

ca. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

123 p. 36 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Ministerio de Cultura Popular.

El Salvador-Universidad de El Salvador, San Salvador.

Memoria. 1948. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

2 h., 141 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

El Salvador-Universidad de El Salvador, San Salvador.

Memoria. 1949. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

141 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador

El Salvador - Universidad - Instituto de Investigaciones Tropicales.

Anuario del Instituto Tropical de Investigaciones Científicas. Tomo I. San Salvador (Ed. Ahora). 1950.

193 p. ilustr. 23 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

Escobar, Juan Benjamín.

Cuestiones prácticas de jurisprudencia penal y civil. II Volumen. San Salvador (Ed. Nosotros) 1950.

115 p. 26 cm.

A la cabeza del título: Juan Benjamín Escobar, ex-Decano de la Facultad de Jurisprudencia y CC. SS.

Escobar Velado, Oswaldo.

10 sonetos para 1000 y más obreros. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

24 p. 20 cm.

Espinoza, Francisco.

Literatura Universal y Etimologías. San Salvador (Edit. Ahora) 1950.

272 p. 20 cm.

A la cabeza del título: Francisco Espinoza y J. Adolfo Peña.

Fábrica de aceites "El Dorado"-San Salvador.

Reglamento Interno de trabajo de la Fábrica de Aceites "El Dorado". San Salvador, Imprenta La Idea, 1950.

7 p. 22 cm.

Federación Cafetalera Centro América-México-San Salvador.

Pacto Constitutivo. Estatutos con sus enmiendas y Reglamento Interno. San Salvador, Ed. "Casa de la Cultura", 1950.

24 p. 15 cm.

Federación de Cajas de Crédito-San Salvador.

Memoria. Ejercicio 1949-1950. San Salvador (Editorial Ahora, s. f.).

21 p. 21 cm.

A la cabeza del título: Sistema del Crédito Rural.

Flores, Saúl.

Lecturas Nacionales de El Salvador. 5ª ed. San Salvador (Imprenta Nacional) 1950.

288 p. ilustr. retr. 23 cm.

A la cabeza del título: Colección "Simiente"

Flores, Saúl.

Madre América. Lecturas Americanas. San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura", 1950.

254 p. ilustr. 24 cm.

A la cabeza del título: Colección "Simiente". Volumen III.

Galindo Pohl, Reynaldo.

Notas de filosofía. Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Reynaldo Galindo Pohl. Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. San Salvador (Ed. Ahora) 1950.

231 p. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

Gamero, Antonio.

Bajo el temblor de Dios. Homenaje a la Revolución del 14 de diciembre de 1948. (San Salvador, Imprenta Nacional) 1950.

Variadas p. 19 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones del Boletín del Ejército. Organó oficial del Ministerio de Defensa.

Gallegos Valdés, Luis.

Rasgos sobre Balzac y su obra. San Salvador, El Salvador, Centro América, Editorial La Tribuna, 1950.

16 p. 19 cm.

García, Miguel Angel.

Diccionario histórico-enciclopédico de la República de El Salvador. (Tomo doce. 1ª ed.). San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

585 p. 25 cm. (Cas-Col).

A la cabeza del título: Miguel Angel García.

García, Sergio Ovidio.

Tierra negra. (Cuentos). Chalchuapa, (El Salvador) Imprenta La Idea, 1950.

105 p. 22 cm.

González del Río, Joaquín.
Abanicos de Lluvia y de Silencio. Poemas Líricos. San Salvador. (Edit. Ramírez) 1950.

20 p. 16 cm.

Guerra Trigueros, Alberto.
Homenaje. Ediciones "Amigos de la Cultura". San Salvador (Imp. Funes). 1950.

69 p. 24 cm.

Guzmán, David Joaquín.

Especies útiles de la flora Salvadoreña. Médico-Agrícola-Industria. Con aplicación a la medicina, farmacia, agricultura, artes, industrias y comercio, 2ª. ed. San Salvador, Imprenta Nacional (s. f.).

691 p. 25 cm.

Con un anexo biográfico del autor.

Hernández Zúñiga, C.

Principios básicos para el control de insectos del algodón en El Salvador. (Resumen de las observaciones de la temporada 1949 - 1950). Por Hernández Zúñiga, Entomólogo. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

35 p. 22 cm.

A la cabeza del título: Publicaciones de la Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda.

Hubbard, Elbert.

Un mensaje a García. No. VI. San Salvador, C. A., Tipografía Ungo 1950.

13 p. 17 cm.

Instituto El Salvador-San Salvador.

Prospecto. Instituto "El Salvador". Centro de enseñanzas técnicas de Comercio y Hacienda: Contador, Tenedor de

Libros, Secretario Comercial y Oficinista. Educación Secundaria. Director José María Estrada. Secretario: Joaquín E. Granillo. Administrador: Salvador Ferrufino. San Salvador (Editorial Ahora, 1950). 19 p. ilus. 23 cm.

Instituto Tecnológico de Illinois. Armour Research Foundation.

Estudio tecnológico preliminar para el desarrollo industrial de El Salvador. San Salvador (Ed. Ahora) 1950.

85 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Instituto de Estudios Económicos.

International Railways of Central America-San Salvador.

Reglamento Interno de Trabajo. San Salvador, Editorial Ahora, (1950).

38 p. 18 cm.

La Unión, Alcaldía Municipal.

Memoria de las labores desarrolladas por la Municipalidad de La Unión, durante el año de mil novecientos cuarenta y nueve. San Salvador, Tipografía La Unión, 1950.

24 p. 24 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Orígenes de la villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate. Trabajo premiado en 1948, con medalla de oro en el concurso "José María Peralta Lagos". San Salvador, Editorial Casa de la Cultura, 1950.

15 p. 24 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Orígenes del convento de Santo Domingo de San Salva-

dor. San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura", 1950. 27 p. 24 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Orígenes del periodismo en El Salvador. (San Salvador, Tipografía La Unión) 1950.

158 p. 18 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Paleontología Salvadoreña. (San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura") 1950.

11 p. 25 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Recopilación de leyes relativas a la historia de los municipios de El Salvador. Edición del Ministerio del Interior. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

459 p. 25 cm.

A la cabeza del título: Jorge Lardé y Larín.

Leistenschneider, Werner.

Tablas y datos técnicos para el instalador electricista, por Werner Leistenschneider. San Salvador, Imprenta La Idea, 1950.

54 p. 21 cm. (Biblioteca del electricista).

Lemus, Concha.

El carao. (Cassia grandis linn). Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Concha Lemus. Facultad de Química y Farmacia. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

44 p. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador.

Lemus, José María.

Simón Bolívar Libertador Capitán de la Cordillera Blan-

ca. San Salvador, Imp. Nacional, 1950.

37 p. ilustr. 19 cm.

A la cabeza del título: Teniente Coronel José María Lemus.

Liceo Cultura-San Salvador.

Per aspera ad astra. 1950 el décimo año de sus labores. San Salvador (Talleres Gráficos Cisneros) 1950.

20 p. ilustr. 23 cm.

Lindo, Hugo.

Libro de Horas. Poema. (Premio Centroamericano "15 de septiembre", Guatemala, 1947). 2a. ed. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

148 p. 20 cm. (Biblioteca Universitaria, Vol. XIX).

Lobo, Ceferino Enrique.

Lecciones de Castellano para el primer curso de enseñanza Secundaria (Plan Básico). Adaptables al primer curso de Tenedor de Libros, Oficinista, Técnico-Oficinista, etc., por Ceferino E. Lobo. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

96 p. 25 cm.

Magaña Menéndez, Gustavo.

Estudios Sociales, Políticos y Económicos. (Homenaje Póstumo). San Salvador, El Salvador, C. A., Talleres Gráficos Cisneros, 1950.

149 p. retr. 22 cm.

Masferrer, Alberto.

El dinero maldito, por Alberto Masferrer. Ediciones del Ministerio del Interior. San Salvador, El Salvador, Centro América, 1950.

5 h., 80 p. ilustr. 19 cm.

Masferrer, Alberto.

Leer y escribir. La cultura por medio del libro. Ediciones del Ministerio del Interior, II. San Salvador, El Salvador, Centro América, 1950.

92 p. 19 cm.

Mata Gavidia, Carlos.

Breve estudio sobre los Polietilén Glicoles y sus aplicaciones en Farmacia. Tesis presentada en el doctoramiento público por el Br. Carlos Mata Gavidia. San Salvador (s. e.) 1950.

24 p. 28 cm.

A la cabeza del título: Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Química y Farmacia.

Menéndez, Pedro.

La brucelosis en la República de El Salvador, por el Dr. Pedro Menéndez, Jefe del 3er. Servicio de Medicina del Hospital Rosales. (San Salvador, El Salvador, C. A.) Universidad Autónoma de El Salvador, 1950.

4 h. 68 p. 24 cm. (Biblioteca Universitaria Vol. XVII).

Meyer, Rodolfo.

Cartograma elemental centroamericano. Adaptado a los nuevos programas de enseñanza primaria. 3ª ed., por el Profesor Rodolfo Meyer. San Salvador, Editorial Ahora, 1950.

1 h., 27 p. ilustr. (Maps). 25 cm.

A la cabeza del título: Continente Americano Centro América.

Noyola, Gustavo Adolfo.

Apuntes de Civismo. Primer Curso, Plan Básico, recopilaron los anteriores apuntes: Dr.

grama nacional de vivienda. Publicación autorizada por cortesía del Gobierno de El Salvador y del Public Administration Service. Washington, D. C., Sección de Vivienda y Planificación, División de Asuntos social y de trabajo, 1950.

2 h., 36 p. ilustr. 25 cm.

Valiente, Leticia.
Impresiones de mi viaje a

Europa en 1950. Santa Ana, El Salvador, Imprenta Gutenberg, 1950.

113 p. 19 cm.

Viera Altamirano, Napoleón.

Mediodía en México, (Ser y Acaecer). San Salvador, Imprenta El Diario de Hoy. (s. f.).

92 p. 21 cm.



